

Selección

TERROR

LOS VAMPIROS NUNCA MUEREN

CURTIS GARLAND

—Sí, señor —asintió Carpenter, ausentándose, tras dirigir una mirada inquieta al gran bloque de hielo, que Bjorn y el comandante conducían, ahora, hacia el mayor edificio del campamento, el destinado a conservar los alimentos y medicinas de la expedición.

—Es curioso… —Oyó Carpenter comentar a alguien, mientras se encaminaba al edificio de las cocinas, en busca del inglés Miller y el americano McKern—. ¿Habéis visto a ese tipo sepultado en el hielo? Yo me decía, apenas le vi, que me recordaba a alguien, pero no sabía a quién… Ahora me he acordado, y no deja de ser gracioso, muchachos. ¿Sabéis a quién me recuerda el desdichado? Nada menos que a Drácula…

Carpenter no pudo reprimir un repentino escalofrío, aunque no dejó de caminar hacia las cocinas, situadas al otro extremo del campamento…



Curtis Garland

Los vampiros nunca mueren

Bolsilibros: Selección Terror - 184

ePub r1.0

xico_weno 19.10.17

Título original: *Los vampiros nunca mueren*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

«Todos volvieron hacia él sus rostros pálidos. Les observó serenamente. Y de pronto, comprendió. “Yo soy el anormal ahora…”. La normalidad es un concepto mayoritario. Norma de muchos, no de un solo hombre».

«Soy leyenda», Richard Matheson.

CAPÍTULO PRIMERO

FUE una extraña proposición.

He recibido ofertas sorprendentes en mi vida. Muchas. Pero debo confesar que aquélla fue la mayor de todas. La más increíble.

Creo que tal vez nunca hubiera aceptado, de no ser por una serie de circunstancias que se aunaron de modo inexplicable para empujarme a ello. Aun ahora, cuando vuelvo la vista atrás, me pregunto si no fue todo producto de un momento absurdo que jamás volvería a repetirse, por cientos de veces que volviesen a ofrecerme algo semejante.

Y sin embargo…

Sin embargo, no me arrepiento de nada. Ahora, en la distancia, creo que hice bien. Que es lo mejor que pude hacer, pese a cuanto luego sucedió. A fin de cuentas, nadie podrá negarme que mi decisión sirvió de algo.

Lo curioso es que, posiblemente, nunca se sabrá realmente lo que sucedió por aquel tiempo y en cierto lugar del mundo. El más profundo secreto rodea los acontecimientos de esas fechas. Creo que hacen bien. De publicarse, nadie o casi nadie iba a creerlo. O en caso contrario, ello podría producir un pánico, una psicosis de ésas a las que tan dados son los humanos, sobre todo cuando estalla el histerismo colectivo.

Ha sido mejor así. *Top secret*. Sólo unas cuantas personas, un Gobierno…, y pocas cosa más. Ellos *saben*. Yo… lo sé. Y nadie más. Dar los datos exactos, significaría una tremenda equivocación. Citar nombres, lugares precisos, provocaría un escándalo. Nadie ha escrito ni publicado una sola letra acerca de ello.

Sin embargo, yo sí tengo escrito mi Diario. Una especie de volumen o amplio reportaje, un montón de folios mecanografiados, donde he dejado en blanco nombres de personas, lugares y fechas. Los puedo rellenar de cualquier modo, y luego darlo a la imprenta

para que vea la luz. Será un original de pura ficción. Novelesco por completo. Al menos, es lo que pensará la gente cuando lo lea. Nadie lo tomará en serio ni pensará que es solamente un reportaje vivido, unas Memorias aterradoras, de unos momentos en los que muchas cosas estuvieron en juego para todos nosotros.

Podré decir a mis lectores que están leyendo simplemente una novela, un relato imaginado. Y aceptarán mi palabra, porque sólo eso puede parecer lo que ahora tienen entre manos.

Y, no obstante, nada más lejos de la verdad.

Nada más diferente a la realidad que me tocó vivir durante aquellos días, lejos de todo lo que me es familiar. Rodeado de un clima de pesadilla, enfrentado a un angustioso dilema, ante el cual mi imaginación empezó a tambalearse, y me sentí tan cerca del fracaso total, que el frío de la muerte —o de algo más que la propia muerte—, llegó a rozarme con sus alas viscosas, envolviéndome en un abrazo dantesco, más allá de este mundo, donde la luz se hace tinieblas eternas.

Aún ahora, siento un escalofrío al recordarlo. Y me pregunto qué hubiera sucedido, de terminar todo de otra forma…

Es mejor no imaginarlo así. Ahora, voy a poner unos cuantos nombres imaginarios, unas fechas y lugares aproximados a la realidad, pero no exactos…, y comenzará la novela.

¿Novela?

Yo sé que no lo es. Una persona que está junto a mí en estos momentos, sabe que tampoco. Y quizá algún lector, en el fondo de su subconsciente, empiece a dudar y se pregunte si, realmente, esto ha sido imaginado por un autor… o «vivido» por su protagonista.

Sólo una leve duda, bastará. Será suficiente para que yo me sienta satisfecho de no haber sepultado para siempre, en el olvido, las anotaciones de mi terrible aventura. De no haber destruido la única evidencia posible acerca de lo que pareció imposible…

La historia comienza justamente entonces, con aquella fantástica proposición.

Cuando aquel hombre me hizo su increíble oferta…

—Son veinte mil libras, señor Harker.

Me quedé mirando a mi interlocutor, pensando que bromeaba a mi costa.

—¿Veinte mil? —repetí—. Es mucho dinero. Demasiado.

—Lo sé. Sin embargo, está a su alcance ganarlo.

—¿A quién debo matar? —Sonreí, irónico.

Me contemplaba fijamente, con expresión extraña. Hubiera dado algo por saber cuál era la causa del brillo inquietante de sus ojos, de la mueca sardónica que curvaba sus delgados labios aristocráticos.

—Lo curioso es que deberá usted matar a muchos —silabeó lentamente.

—¿Bromea? —Fruncí el ceño, empezando a sentirme molesto, fija mi mirada en él.

—Puede parecerlo, pero no es así —alzó una mano, presuroso, interrumpiendo lo que veía yo iba a argumentar—. Por favor, espere un momento, señor Harker. Comprenderá que no he pensado en ningún momento que usted sea un pistolero o un miembro del Sindicato del Crimen, para venir a hacerle una oferta de cierto tipo. No tiene que *asesinar* a nadie para cobrar veinte mil libras, por supuesto. Pero sí tiene que… que quitar la vida a determinadas criaturas. Si es que podemos llamarle a eso… vida.

La perplejidad me invadía. No tenía la menor idea del lugar a donde iba aquel hombre con sus desconcertantes palabras.

—Temo no entender una sola palabra —confesé, al fin.

—Sí, eso es de imaginar, ciertamente —admitió él, moviendo la cabeza en sentido afirmativo—. Señor Harker, imagino que usted es ciudadano inglés…

—Lo soy —asentí, despacio—. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh, por nada! —Hizo un gesto vago—. Su apellido me resulta particularmente familiar. Supongo que vendrá usted de alguna familia noble, o cosa parecida…

—Pues… no. Que yo sepa, no —confesé, cada vez más desorientado—. ¿Tiene eso algo que ver con… con su oferta de veinte mil libras, caballero?

—Pudiera ser —se encogió de hombros—. Pero sólo a título anecdótico. Debo confesar que me fijé inmediatamente en su apellido cuando me hablaron de usted.

Traté de relacionarlo con algo. Su nombre…, su nombre no será Jonathan, ¿verdad?

—¿Jonathan? —Enarqué las cejas—. No, ciertamente. Me llamo Jeffrey Harker. Mis amigos acostumbran a llamarme Jeff. Resulta más familiar.

—Ya. J. Harker. Es el nombre que vi en un libro escrito por usted. La idea brotó en mí inmediatamente. Y la relacioné con los temas que usted trataba en el libro…

—Ahora sí veo adónde va usted a parar —sonreí, irónico—. ¿Le gustan los relatos de vampiros?

Mi pregunta surtió efectos imprevistos. Le vi encogerse, como si le hubiera pagado con un mazo. Sus ojos parpadearon, y vi alterarse la luz en el fondo de sus pupilas. Algo incómodo, se rebulló en el asiento del salón de fumar de aquel club londinense donde ambos nos hallábamos charlando, tras serme anunciada su visita.

—Vampiros… —¿Era verdad que le temblaba la voz, y también sus manos, apoyadas en los brazos del sillón?—. ¡Cielos…! No hable de eso, ahora.

—¿Por qué no? Usted ha sugerido el tema. Ahora veo por qué me pregunta si mi nombre era Jonathan… y si procedía de alguna familia de recio abolengo[1]. Además, mi libro trata de todo eso: caza de fantasmas, espiritismo, el Más Allá, el contacto con los muertos, el vampirismo, la reencarnación, la hibernación y resurrección y sus complicaciones, psíquicas, morales y religiosas… Usted ha debido leerlo, sin duda, cuando viene a verme aquí.

—Lo he leído —confesó, roncamente—. Por eso estoy aquí, es cierto.

—Bien. Al fin parece que llegamos a alguna parte —suspiré—. ¿Algo en mi libro le ha hecho tratar de conocerme?

—Sí —confesó él.

—¿Qué, exactamente?

—Los… los vampiros —pronunció la palabra con temor casi supersticioso, pese a que no parecía, en absoluto, capaz de albergar ignorancia o creencias supersticiosas en su mente.

—Los vampiros… —Le miré largamente—. Lo imaginaba, sí. ¿Por qué, señor…, señor Carpenter?

—Precisamente por eso. Porque usted se llama Harker. Fue lo primero que me llamó la atención, al relacionarlo con el tema. Luego…, luego leí su libro. ¿Es simple casualidad que se ocupe de asuntos así?

—Quiero suponer que sí —sonreí—. Pero tal vez inconscientemente, me halle algo condicionado por mi nombre, no sé. Nunca me paré a pensarlo, si es eso a lo que se refiere. Lo cierto

es que me he sentido atraído por la parapsicología, el ocultismo, la ciencia aplicada a la vida y la muerte, y muchos temas más, que sobrepasan los límites de lo puramente real y explicable. Podríamos decir que sólo hay algo que, de un modo consciente, me pueda condicionar: lo Desconocido, lo que no tiene explicación, señor Carpenter.

—De modo que a usted… a usted no le importaría investigar algo que forma parte de… de lo Desconocido, ¿no es cierto, señor Harker?

—¿Importarme? Me fascinaría, puede creerlo.

—Entonces, eso es lo que le ofrezco. Justamente eso: investigar algo que no tiene explicación real alguna. Que carece de toda lógica.

—¿Y… sólo por eso me ofrece usted veinte mil libras? —dudé, mirándole con la repentina y vaga sospecha de que pudiera estar hablando con un desequilibrado. Aunque, para ser sincero, no me pareció en absoluto de esa clase de personas. Por el contrario, su expresión era lúcida y serena, pese a su insólita oferta.

—Sólo por eso, señor Harker. Sólo por eso… en principio. Luego, según el resultado de sus pesquisas, podría suceder que solicitara algo más de usted. Pero, en todo caso, la oferta sería también aumentada, conforme a lo que se le pidiera.

Me intrigaba, debo reconocerlo. Para un hombre apasionado en los temas misteriosos, en todo lo que la lógica y la ciencia no saben aclarar, su oferta, su modo de hablar, sus referencias, vagas referencias, a vampiros y cosas ocultas atraen poderosamente mi atención. Después de todo, nada ofrece habitualmente una suma semejante, sólo por la tarea de investigar algo que, por otro lado, forma parte del más apasionado *hobby* que uno es capaz de cultivar.

—Y, según dijo usted —insistí—, se trata de… de *vampiros*.

—Eso es —sonrió, tristemente—. Vampiros. Yo diría que sí.

—¿No está seguro?

—Hay cosas de las que uno jamás está seguro. Tenga en cuenta que no creí nunca en vampiros. Es decir, sé que existen cierta clase de murciélagos que pueden atacar a un animal y morder a un hombre y absorber sangre de su víctima, a través del mordisco. Eso no tiene nada de sobrenatural. Pero nunca admití que pudiera haber… no-muertos. Es decir: vampiros humanos, seres de

ultratumba que se nutren de sangre humana, durante la noche, y reposan, aparentemente, muertos, durante el día.

—Yo sí lo admito —susurré, encogiéndome de hombros—. Pero jamás he visto ninguno, si a eso se refiere.

—Resulta curioso. Usted, que se llama Harker, que tanto escribe sobre esos temas… y no ha visto nunca ningún vampiro…

—¿Usted sí? —quise saber, mirándole francamente.

Se echó a reír. Me miró como si tuviera compasión de mí, o de mi ignorancia. La suya era una risa algo histérica, nerviosa y crispada, pero en absoluto demencial o delatora de un estado anormal, desequilibrado. Es más: su propio aire de sensatez me preocupó e impresionó, debo admitirlo.

—¿Si he visto vampiros, dice? —soltó de nuevo su seca, inquieta carcajada—. ¡Cielos, señor Harker!, ¿qué diría usted si le confesara que yo…, que yo *vivo entre vampiros*?

CAPÍTULO II

EL *pudding* era excelente. El club tenía un cocinero admirable. Sabía hacer el mejor *pudding* de carne de todo Londres. También el buen vino tinto y la ensalada, servían para acompañar dignamente la cena. Una buena copa de *brandy* y un cigarro, culminó el breve, pero agradable, festín.

Me quedé mirando a Gene Carpenter con expresión meditativa, mientras saboreaba un poco de *brandy* y fumaba mi cigarro, calmosamente.

—¿Se siente mejor, señor Carpenter? —pregunté.

—Mucho mejor, sí —asintió él, con una leve sonrisa—. Le felicito. Es usted socio de un club realmente admirable. No se dé nunca de baja de él, es un consejo.

—Gracias —reí entre dientes—. Procuraré recordarlo.

Fumamos en silencio. Estaba esperando nuevas explicaciones, por su parte. Y él lo sabía. Pero parecía temer ese momento de un modo particular. Quizá se preguntaba interiormente si yo estaba dispuesto a creer su historia. Por su antecedente inicial, resultaba algo difícil de admitir. Pero había veinte mil libras por medio. Y él acababa de mostrarme su cheque, extendido a nombre de un Banco londinense, al portador, con su firma, y conformado por el propio Banco en su reverso. En suma: dinero contante y sonante. Veinte mil libras al contado. La credulidad de una persona crece como la espuma con una cantidad así, al alcance de su mano. Y yo, de todos modos, soy una persona crédula en principio, aunque luego desmenuce lo que se me notifique, para desbrozar las cosas, y separar lo auténtico de lo fantasioso, lo inventado o lo falseado.

—En su libro, señor Harker, usted parece creer en los vampiros —dijo él, de repente.

Le estudié. Asentí, despacio.

—Sí —admití—. Creo en ello. Lo he investigado a fondo. Pienso

que no es sólo superstición popular o invención de ignorantes. Hay indicios racionales de que existieron alguna vez. O quizá existan aún.

—Existen —afirmó él, rotundo.

El cigarro despidió volutas de humo, en la salita de fumadores del club. Me quedé mirando a Carpenter con aire intrigado y bastante crítico.

—¿Seguro? —indagué.

—Seguro —sostuvo, con igual rotundidad.

Su propia firmeza me impresionó. Tal vez estaba en los umbrales de algo nuevo, desconocido y sorprendente. Cuando menos, valía la pena profundizar en ello.

—Usted viene de fuera de Londres —señalé—. Y de Inglaterra.

—Sí, es cierto.

—Viene de muy lejos, ¿me equivoco?

—No. No se equivoca.

—¿De Transilvania?

—No.

—¿Algún punto de Centroeuropa, de todos modos? Los Cárpatos, los Balkanes…

—No, no —rechazó, con un suspiro—. Eso es lo tópico, lo tradicional. Parece como si todos los vampiros pudieran estar allí… No es cierto. Ahora no, Harker.

Parecía familiarizarse conmigo. Yo era mucho más joven, claro. Calculé que mi invitado podía tener unos cuarenta y ocho a cincuenta años, aunque era vigoroso, alto y espigado, de cabello levemente canoso, facciones bronceadas y enjutas, muy curtidas, ojos oscuros, y brillantes, y evidente vitalidad en todos sus gestos y movimientos.

—Bien, Carpenter —me familiaricé yo también, sin que él pusiera objeción alguna—. Veamos su historia. Leí una vez algo parecido. Era un relato de ficción, de Matheson…

—*Soy leyenda* —suspiró él, estremeciéndose. Me miró fijamente —. ¡Cielos!, ¿por qué se le ocurrió eso?

—No sé. Usted dijo… que vivía entre vampiros. Es lo que le pasaba a *Neville* en el relato de Matheson. Pero era sólo una novela futurista. Y ahora estamos en el presente.

—A veces, ¿qué diferencia existe entre presente y futuro,

Harker? —gimió él—. Sólo el tránsito de un día, de una hora, de un minuto. Lo que era futuro hace poco, ya es presente.

—Cierto —admití gravemente. Le estudié, pensativo—. Usted viene de alguna parte donde le da mucho el sol. Está curtido, Carpenter.

—Sí, estoy curtido. Muy curtido. Mi piel es oscura, áspera, agrietada…

—Parece un contrasentido. Donde hay sol…, NO hay vampiros —sonreí, dejando caer la ceniza de mi cigarro sobre el cenicero que anunciaba una marca de *whisky* escocés.

—Yo no dije que hubiera sol. Únicamente que estoy curtido… Pero… por la nieve.

—¿*Nieve*? —Me erguí, sorprendido—. ¿Vive en la nieve, últimamente?

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca del Polo Norte —murmuró—. En Groenlandia.

—¿Groenlandia? —repetí, asombrado.

—Eso es. En su punto norte, ya dentro del propio Círculo Polar Ártico.

—¿Qué hace allí?

—Formo parte de una expedición científica. Somos geólogos y meteorólogos. La nuestra es la Base *North-Cosmos 117*. Un puesto de investigación instalado por Dinamarca, Gran Bretaña y los Estados Unidos.

—Entiendo. ¿Ha venido usted desde allá?

—Sí. He venido en busca suya, aprovechando un vuelo especial de uno de los transportes que nos visitan habitualmente. Regresa mañana mismo, con provisiones e instrumental científico. Yo debo regresar en ese vuelo, necesariamente. Y espero que usted lo haga conmigo.

—Sí, entiendo —asentí—. Es condición indispensable que haga ese viaje con usted… para cobrar las veinte mil libras, ¿no es así?

—Exactamente, Harker. Apenas suba al avión que nos ha de llevar a la llamada Tierra de Peary, en la punta septentrional de Groenlandia, usted recibirá su cheque en propia mano. Tiene mi palabra de honor. Además, haremos escala en Reykjavik, en Islandia. Si yo fallara en mi compromiso, es muy dueño de bajar allí

y enviarme al diablo definitivamente, Harker.

—No soy tan desconfiado —sonreí, moviendo la cabeza—. Creo que es usted un caballero.

—Gracias, amigo —aplastó su cigarro, a medio consumir, en el cenicero, como si el tabaco lograra fatigarle o provocarle irritación, en vez de templar sus nervios—. De todos modos, le advierto que no va a ser cómodo ese viaje. Nuestra base no es un lugar aconsejable para nadie.

—Pero usted regresa allá.

—Tengo que hacerlo. Nuestro grupo es privado. No recibimos sino una pequeña asignación oficial de los tres Gobiernos que colaboran en el asunto. Nuestra sociedad está formada por unos hombres de ciencia que hemos puesto nuestra propia fortuna al servicio de la tarea en común a desarrollar. Llevamos invertidos millones de dólares. Sería lastimoso dejar todo eso, abandonarlo torpemente… sólo por las sospechas de una única persona.

—¿Usted?

—Sí, yo. Y le repito: son sólo sospechas. Personalmente, estoy convencido de que me hallo en lo cierto. Pero nadie iba a creerme jamás. Y menos aún los Gobiernos de Dinamarca, Estados Unidos o Gran Bretaña. Considerarían ridícula mi historia. Y quizá tuvieran razón.

—Empieza usted a intrigarme. ¿Por qué no me relata los hechos, tal como acontecieron, para que yo tenga una más exacta idea de lo que ocurre en Groenlandia y de lo que realmente espera usted de mí, Carpenter?

—Sí, creo que será lo mejor —asintió, con un leve suspiro—. Será preferible que yo…, que yo le relate minuciosamente los hechos de estos últimos días. Lo que me ha movido a pensar que existen realmente los vampiros… y que hay más de uno entorno mío, aparentando vivir como un ser normal, sin revelar su auténtica naturaleza…

—Un momento, Carpenter —le detuve, con el ceño fruncido—. Me temo que eso que usted dice, no sea posible.

—¿Por qué no? —Me estudió, meditativo.

—Porque si hubiera un solo vampiro cerca de usted… sería fácil identificarle. No habría sino que esperar a que se hiciera de día, y en cuanto brillara el sol, usted podría señalarlo sin lugar a dudas,

porque él NO aparecería a la luz solar bajo pretexto alguno. Por el contrario, permanecería inmóvil, oculto en algún lugar oscuro, lo más parecido a una fosa, a una cripta o cosa así, ¿no lo entiende?

—Lo entiendo muy bien, Harker. ¿Cree que no lo he pensado ya? Pero ¿quién es capaz de esperar a que brille el sol para descubrir a los vampiros que le rodean… cuando usted sabe que, en el interior del Círculo Polar, la noche DURA SEIS MESES?

CAPÍTULO III

LA historia personal de Gene Carpenter, miembro del Instituto Británico de Geología, y hombre de fortuna personal y gran inquietud investigadora, comenzó justamente en plena noche polar, cuando las sombras se prolongaban durante seis largos meses, con sólo leves atisbos de claridad remota, que en modo alguno podía llegar a considerarse luz diurna, en la interminable velada invernal del Polo Norte.

Y comenzó con un hallazgo importante. Para él, para sus compañeros de expedición en Groenlandia… y también para la ciencia, evidentemente.

Comenzó el día en que el danés Olaf Bjorn, de la Sección de Meteorología, miembro de la Real Sociedad Meteorológica de Copenhague, hizo su descubrimiento en el glaciar de aquella zona, al noroeste de la Tierra de Peary, ya cerca de la Tierra de Hall, y no lejos del litoral asomado al sombrío y gélido Mar de Lincoln…

* * *

—¡Diablo con este vendaval, Carpenter! —se quejó Bjorn, girando la cabeza para no recibir en pleno rostro el azote brutal del helado viento que agitaba la larga meseta blanca, de eternos hielos, sólo rota en su llana monotonía por los abruptos salientes cristalinos de los altos bloques de hielo, contra los que la nieve en polvo formaba torbellinos, hacinándose hasta formar nuevos y macizos montículos que muy pronto se helarían, aumentando la abundancia de glaciares en torno.

El trineo se había detenido algo más atrás. Los perros reposaban, jadeantes, sin importarles el helado contacto de la dura nieve sobre sus cuerpos lanudos, de un gris pardusco. Eran buenos y fuertes perros esquimales, capaces de arrostrar condiciones infinitamente más duras y hostiles, en su lucha contra la naturaleza polar.

Ambos hombres estaban buscando el emplazamiento para una

serie de instrumentos muy sensibles, para medir fenómenos meteorológicos, temperaturas y toda clase de datos necesarios para su estudio, a menos de dos millas de la base. Millas a recorrer solamente con el trineo o, en ciertos casos de posible emergencia, con el rojo helicóptero que podía desplazarles desde el pequeño pueblo de casas prefabricadas de aluminio rojo, visible en el blanco elemento desde el aire, bajo las cuales, en el duro invierno polar, los ocupantes respectivos podían comunicarse sin salir a la superficie, gracias a la red de túneles socavados en la roca y el hielo por los equipos especiales de la expedición, al ser instalada la Base *North-Cosmos 117*.

—Éste es buen lugar para la instalación —señaló Carpenter, tras un examen en torno suyo, estudiando minuciosamente las conveniencias de cada punto en la larga extensión de blanco hielo, lisa hasta el infinito.

Estaba oscureciendo rápidamente. Ambos sabían lo que eso significaba: el principio del terrible, largo invierno del Polo. La noche eterna, la noche de seis meses interminables, sólo con un breve espacio de tiempo para un «sol de medianoche» que, como una rojiza luna, distante y fría, brillaba allá en la negrura, demasiado oblicuo, demasiado perdido en la oscuridad polar de los cielos nórdicos, para confiar en que sus rayos diera el más mínimo calor ni la más confortante luz, antes de que volviera a hundirse, por casi otras veinticuatro horas, en el silencio inmutable de la noche ártica.

Era el último día del período estival. Y habían ido mucho más lentos de lo previsible en su investigación geológico-meteorológica. El «verano» polar no había sido demasiado apacible. Eso demoró los trabajos excesivamente. Y ahora…

—Ahora, tendremos que trabajar a toda prisa —comentó Bjorn, malhumorado, sacudiendo su rubia cabeza, bien protegida por el gorro de pieles, las orejeras del mismo material y su anorak y pantalones de plástico, rellenos de fibras artificiales antitérmicas, guantes gruesos en sus manos, y recias botas con calcetines de cálida lana en los pies—. La batería del reflector no nos resistiría más de una hora, si tiene que darnos luz constante para la instalación, Carpenter.

—Procuraremos aprovechar toda la luz diurna —asintió, ceñudo,

Gene Carpenter, escudriñando el plomizo celaje que se extendía sobre sus cabezas—. Luego, si acaso, con unos diez o doce minutos de luz eléctrica, bastará para terminarlo todo, no lo dude, Olaf.

Se pusieron a la tarea con presteza, para no perder un solo minuto de la preciada luz diurna, ya lívida, con tonalidades azules, que formaban el crepúsculo último del día de seis meses, a punto de dejar paso a la noche de semejante duración, losa de tinieblas sobre los hombres y los animales de la base.

Instalaron los soportes ya prefabricados adecuadamente para su incrustación segura y sólida en suelo nevado y, luego, se dispusieron a cargar con el material más delicado, para su situación sobre la plataforma ya montada en el albo elemento.

Fue entonces cuando Bjorn lanzó aquella exclamación, al ayudarse con el potente haz de su lámpara eléctrica, para depositar la bolsa de plástico naranja, cargada de material, junto a la plataforma previa.

—¿Qué es «eso»? —Sonó su voz, alterada por alguna razón.

—¿Qué? —indagó Carpenter, algo inquieto, girando la cabeza hacia el danés.

Le encontró mirando hacia alguna parte. Un lugar en el que la luz de la lámpara había arrancado destellos irisados, con predominio de un blanco deslumbrante, acción de las capas de cristalino hielo formadas en los promontorios situados ante ellos, al ser heridas por la luz.

Bjorn parecía haber visto algún fantasma. Sus ojos se abrían enormemente. Y su boca, entreabierta, dejaba colgar de sus frondosos bigotes color oro los grumos de hielo formados en él, como escarcha azulada. También su barba aparecía salpicada de nieve endurecida. El frío era muy intenso.

—Bien, ¿qué ocurre? —insistió Carpenter, ante el mutismo perplejo de su compañero de expedición—. ¿Es que ha visto algo anormal, Olaf? Parece usted tan petrificado como los hielos que nos rodean, bendito sea Dios…

El danés meneó la cabeza, desconcertado. Luego, su voz sonó ronca, sin que cesara de mirar, como alelado, hacia el mismo punto de antes, allí donde centelleaba el reflejo de la luz de su linterna. La oscuridad de la eterna noche polar se precipitaba sobre ellos por momentos, con su negro manto inquietante. Pero eso, de repente,

no parecía preocupar en absoluto a Bjorn. Su voz llegó dificultosamente a los bien protegidos oídos de Carpenter:

—¿Es que…, es que no… no lo ha visto usted, Carpenter?

—¿Ver? ¿El qué? Sólo veo el reflejo de su lámpara en el hielo… Apáguela, o se le agotará la pila rápidamente, y no sabemos si nos hará falta para volver a la base. Con este vendaval y la nieve formando esos remolinos, podría ser fácil que nos perdiéramos en la oscuridad, a pesar del instinto de los perros…

Pero Bjorn continuaba apuntando con su luz a los bloques helados. Carpenter meneó la cabeza, con un suspiro, sin lograr ver absolutamente nada.

—Tiene que verlo… —insistió Bjorn—. Estaba ahí… Mi… mi luz lo ha descubierto… Estoy intentando iluminar otra vez, de forma que la capa de hielo no nos deslumbre con su reflejo y podamos verlo…

—Pero ver…, «¿qué?» —se irritó, Gene Carpenter.

—Esa… esa «cosa»… o ese hombre, no sé… —Fue la desconcertante respuesta de Bjorn.

Y cuando Carpenter iba a mandarle al diablo, recomendándole que no mirase más a los hielos, para no sufrir ninguna especie de «alucinación blanca», o espejismo de la nieve…, entonces, él «también» lo vio.

—¡Cielos…! —jadeó, repentinamente impresionado—. Parece…, parece «una persona»… Una persona sepultada en los hielos…

De pronto, la tarea en sí había dejado de tener interés. Era necesario montar aquella instalación de control científico, pero también era importante saber quién pudo ser aprehendido por los hielos en tan inhóspito lugar, qué cadáver humano era el que, borrosamente, pero con la suficiente nitidez para estar seguro de su hallazgo, había captado ahora la mirada penetrante de Gene Carpenter, dentro de un macizo bloque de cristalino hielo.

Un hielo que, tal vez, no había sido contemplado por persona alguna durante un período de años enteros. Quizá de décadas…, ¿o de «siglos»?

La idea le produjo un escalofrío. Se hablaba recientemente de pesquisas increíbles de la ciencia sobre casos así. Un hombre congelado había logrado ser «resucitado», virtualmente vuelto desde el mundo de los muertos. No había confirmación oficial de ello,

ciertamente, dada la nebulosa que rodeaba habitualmente las informaciones de ese tipo, pero aun sin querer, Carpenter pensó en ello, al darse cuenta de que habían hallado a un hombre sepultado en los hielos árticos. Un hombre que sólo Dios sabía cuánto tiempo podía llevar allí, en hibernación solitaria, olvidado del mundo, olvidado de todos…

—Vamos —dijo bruscamente—. Hay que sacarlo de allí.

—¿Sacarlo? —Bjorn le miró, asombrado—. ¡Imposible! Haría falta mucho más de lo que nosotros llevamos ahora en el trineo, para romper ese bloque y extraer el cuerpo, trasladándolo a la base, Carpenter.

—Sí, es posible… —Gene encajó las mandíbulas—. En tal caso…, creo que iremos a pedir ayuda a la base.

—¿Antes de montar la estación meteorológica y de estudio geológico? —dudó Bjorn.

—Sí, antes de nada —asintió Carpenter con brusquedad—. Ese cuerpo puede proporcionarnos una valiosa información sobre alguna otra expedición anterior. Se dice que los rusos estuvieron aquí, no hace mucho. Es posible que ese hombre formase parte de su grupo. Hay quien sospecha que el interés de ellos no era totalmente científico en su caso, pese a la buena fe de las autoridades de Dinamarca por autorizarles la instalación de un campamento en la Tierra de Peary, Olaf. Éste puede ser el momento de poner algo en claro sobre todo eso. Volveremos con otra batería, y acabaremos el montaje mañana, con luz eléctrica. Lo urgente es rescatar ese cadáver congelado…, sea de quien sea.

Bjorn asintió, tras una leve duda. Regresaron a la Base *North-Cosmos 117*.

Sólo dos horas más tarde, emprendía el regreso, con material adecuado, y acompañados por cuatro hombres más, dos americanos, un inglés y un danés, para entre todos extraer el cuerpo de su sepultura helada, en aquel olvidado rincón del mundo.

* * *

El comandante Ingemar Ekberg se quedó contemplando el enorme bloque de hielo que llegaba, cubierto por lonas de color naranja vivo, sobre uno de los trineos enviados al lugar del descubrimiento, sólo cinco horas antes.

Ya era madrugada en el campamento anglo-danés-americano.

Solamente el personal de servicio nocturno montaba sus guardias en los puestos de observación y en los túneles ya habilitados para afrontar el largo invierno ártico, aunque todavía el tiempo era lo bastante benigno para que tres o cuatro vigilantes recorrieran las breves calles que los rojos edificios prefabricados dibujaban en el llano helado, blanco como un inmenso fantasma.

La calefacción, eléctrica o a gasoil, para evitar problemas con el suministro de combustible o con cualquier fallo de los generadores de energía de la base, ayudaba a que las calles del campamento mostraran una alfombra de nieve en polvo, sin helar totalmente, donde las botas de pieles de los expedicionarios se hundían blandamente, sin hacer ruido.

—De modo que lo consiguieron, por fin… —comentó el militar, miembro del Servicio de Meteorología del Ejército del Aire de Dinamarca—. Traen ustedes la pieza.

—Sí, señor —resopló Bjorn, respetuosamente, saltando del trineo con cierto aire de orgullo—. Lo logramos. Resultó difícil cortar el hielo, pero al final hubo éxito…

—Ya… —El comandante tocó la lona color naranja, con viva curiosidad—. ¿Y… qué había dentro, por fin? ¿Era un hombre?

Bjorn y Carpenter se miraron extrañamente, con rapidez. Se encogieron de hombros.

—Sí, un hombre —admitió al fin el danés, con rara indecisión en su tono.

—¿Han podido identificarlo de alguna forma, por sus ropas o aspecto? ¿Podría ser soviético, americano acaso… o un súbdito de nuestro país, Bjorn?

—La verdad es que…

Bjorn se detuvo, vacilante, como si no supiera qué decir. Carpenter remachó su frase, pero tampoco se mostró demasiado concreto, a juicio del militar danés:

—La verdad es que… no podríamos decirlo, señor —explicó el científico inglés, con su ceño arrugado, quizá en gesto de preocupación.

—¿Cómo? —Pestañeó el comandante—. ¿No hay nada en él que lo pueda identificar?

—No, señor —negó lentamente Carpenter—. Sus… sus ropas son… «extrañas». Su aspecto, creo que también.

La curiosidad natural del comandante Ekberg estaba ya al rojo vivo con esos detalles nebulosos e inexplicables que le formulaba un Gene Carpenter también, aparentemente, desorientado. Por tanto, el militar danés procedió a poner en claro todas sus dudas del modo más directo posible, como le dictaba su natural espíritu castrense.

Aferrando un extremo de la lona de vivo color aplicada sobre el gran bloque de duro hielo, bajo las luces de los focos instalados en las calles del campamento ártico, que daban a la nieve una claridad entre blanca y azul realmente fantasmagórica, en contraste muy vivo con las ya profundas tinieblas que les rodeaban más allá de los límites de la base, tiró de la tela con energía, dejando al descubierto la figura petrificada en el enorme bloque de hielo, cuando el juego de cremallera de la lona cedió a su impulso.

La luz centelleó vivamente sobre lo que parecía un gran poliedro rectangular de vidrio azul. Dentro de la urna natural de hielo, en su reposo eterno, yacía, rígido, el cuerpo de un ser humano.

Porque, indudablemente, «era» humano. Aunque su aspecto, como dijera Carpenter, resultó, a ojos del comandante, bastante «raro». Y comprendió las dudas e indecisiones de su compatriota y del inglés, a la vista de aquella figura yacente envuelta en hielos quizá muy antiguos.

Era difícil, por no decir imposible, calcular el tiempo transcurrido desde que el hielo aprisionó a su víctima, Y tampoco era fácil deducir de dónde procedía exactamente aquella persona. Sus ropas y aspecto eran totalmente herméticos al respecto.

Ciertamente, era alguien alto. Muy alto. Muy delgado. Vestía enteramente de oscuro. Un ropaje ceñido, negro, brillante como seda o alguna fibra sintética muy especial. El rostro era de una flaqueza increíble, un juego de ángulos y de huesos apenas cubiertos por una piel lívida, de una palidez asombrosa, formando hondonadas en sus mejillas, en las comisuras de su boca, delgada y exangüe, en sus sienes hundidas, donde los cabellos eran visibles, debido a una especie de gorro ajustado o casquete negro, ceñido a su cabeza oval. Las manos cruzadas sobre el pecho, enguantadas también de negro. No eran visibles botonaduras de ningún género. Ni cremalleras tampoco. El calzado del individuo eran unas delgadas botas de media caña, ajustadísimas a pies y piernas, sin duda de un material flexible, de la misma naturaleza que el del

tejido empleado en su indumentaria.

Parecía, en suma, un cuerpo envuelto en una rara forma de sudario como una malla. Es decir, al comandante Ekberg se le ocurrió, de repente, una idea que podía sonar a incongruencia:

—Parece…, parece como si al apresarle los hielos… «ya estuviera muerto» —comentó.

—Sí —admitió Bjorn, con un suspiro—. Es lo mismo que pensé yo. Era cadáver, sin duda, cuando se quedó encerrado ahí… como en un ataúd transparente, de vidrio…

Tenía, ciertamente, los párpados cerrados, observó Ekberg, ceñudo, inclinándose más sobre el bloque de hielo. Y su nariz era aguileña, muy afilada. El mentón, agudo. Ni signo alguno de bigote o barba. Su rostro, color cera, no mostraba el menor aspecto de haber tenido jamás un solo rastro de vello. La edad del hombre era tan indefinible como todo su ser y su posible origen.

—No lo entiendo —manifestó Carpenter, perplejo—. Es…, es como si no hubiera venido al Polo Norte para morir aquí y ser apresado por los glaciares… Ese hombre tenía que tener frío con semejantes ropas. Mucho frío.

—Evidentemente, no es la indumentaria de un explorador polar —reconoció Ekberg, con un resoplido. Su intrigada mirada seguía fija en el cadáver—. Más parece un… un personaje fantástico, o una figura de *ballet*…

—De un siniestro *ballet,* comandante —rectificó con rara entonación Carpenter—. ¿Se ha fijado en… en lo que asoma entre los labios de ese… de ese ser?

Ciertamente, Ingemar Ekberg no se había fijado en eso. Lo hizo ahora, mientras su compatriota Bjorn se rebullía, incómodo, y el número de curiosos miembros del campamento, en torno al trineo portador del bloque de hielo, aumentaba por momentos.

Inclinado sobre el hielo, el comandante Ekberg sufrió un sobresalto al descubrir el doble destello marfileño, apenas asomando entre los apretados labios sin color yertos, del misterioso cadáver.

—¡Cielos…! —murmuró, dirigiendo una mirada de asombro a Bjorn y a Carpenter—. Son… son…

—Sí, señor —corroboró Bjorn, incómodo—. Son, exactamente, los incisivos de ese hombre. Largos, afilados, puntiagudos,

«asoman» por entre los labios apretados… Como si fuesen «colmillos» de alguna fiera, comandante… De algún extraño animal…

Habían hablado en voz baja. Alrededor de ellos, distraídos en contemplar superficialmente el cuerpo encerrado en el hielo, así como en cambiar comentarios excitados, nadie se había percatado de lo que hablaban, ni su agudeza les permitió descubrir el leve detalle en la boca del muerto.

—Vamos, conduzcan ese cuerpo a la cámara de almacenamiento —ordenó, bruscamente, Ekberg con gesto de preocupación—. Más tarde lo examinaremos con mayor atención. Debo informar a mi Gobierno cuando eso sucede. Éste es territorio danés, y el cuerpo ha sido hallado en él, aunque todos compartamos el hallazgo, ¿lo comprende, verdad, Carpenter?

—Claro, señor —asintió el científico inglés—. Lo comprendo muy bien. En el almacén, la temperatura es baja, y el hielo no se derretirá. ¿Va a dejar a alguien a su cuidado?

—Sí —asintió el comandante—. Llamen a Miller y a McKern. Tienen servicio de cocinas esta noche. Les gustará montar guardia en el almacén. Es más descansado.

—Sí, señor —asintió Carpenter, ausentándose, tras dirigir una mirada inquieta al gran bloque de hielo, que Bjorn y el comandante conducían, ahora, hacia el mayor edificio del campamento, el destinado a conservar los alimentos y medicinas de la expedición.

—Es curioso… —Oyó Carpenter comentar a alguien, mientras se encaminaba al edificio de las cocinas, en busca del inglés Miller y el americano McKern—. ¿Habéis visto a ese tipo sepultado en el hielo? Yo me decía, apenas le vi, que me recordaba a alguien, pero no sabía a quién… Ahora me he acordado, y no deja de ser gracioso, muchachos. ¿Sabéis a quién me recuerda el desdichado? Nada menos que a Drácula…

Carpenter no pudo reprimir un repentino escalofrío, aunque no dejó de caminar hacia las cocinas, situadas al otro extremo del campamento…

CAPÍTULO IV

—DRÁCULA…

Gene Carpenter musitó el nombre entre dientes, tras hojear durante un largo rato, en su litera, el libro de Bram Stoker, prestado por el bibliotecario de la base. Lo dejó a un lado, pensativo. Encendió un cigarrillo y fumó en silencio.

No era la primera vez que leía la obra de Stoker. Pero ahora era diferente. La había leído de muchacho, y le impresionó. En esta ocasión, sólo había tratado de refrescar su recuerdo del viejo relato del escritor irlandés. Y lo había logrado.

Las dramáticas situaciones de Jonathan Harker, Van Helsing y el conde transilvano, en su siniestro castillo de los Cárpatos, aparecían vivísimas en su mente. Pero no contribuían a aclararle sus dudas y temores. Era ridículo, incluso, relacionar una obra de ficción escrita en el pasado siglo, con aquel extraño cadáver aprisionado entre hielos. Y, sin embargo…

Sin embargo, ya él había tenido la misma idea que aquel expedicionario que lo comentara como algo divertido e intrascendente mientras viajaban con su fúnebre carga hacia el campamento. Esas negras ropas, la faz lívida y angulosa, los incisivos asomando monstruosamente por entre el pliegue incoloro de los labios exangües… Ningún hombre normal tiene los colmillos así.

—No, no puede ser —sacudió la cabeza, con desaliento, sintiéndose casi ridículo, aunque, por fortuna, nada había comentado con nadie, y su lectura del libro de Stoker fue en su litera, a la luz de su pequeña lámpara individual de cabecera para no molestar a los demás durmientes de la amplia nave, destinada a literas. Eso impediría que la gente se mofara de él, de allí en adelante. Y prosiguió hablando para sí, siguiendo el hilo de sus pensamientos—: No es posible que… que ese personaje haya

existido jamás. Todo fue pura fantasía de su creador, es evidente. Acabaré por volverme loco si pienso algo así…

Y lo malo es que lo pensaba. Y seguía pensándolo, cuando cogió, al azar, otro volumen que había tomado prestado de la biblioteca, junto con el *Drácula*, de Stoker.

Esta vez, el libro se titulaba: Estudio de lo desconocido. Desde los vampiros hasta la hibernación y la resurrección de los muertos. Por un autor llamado, precisamente, J. Harker…

* * *

—Hasta esta noche, creí que lo peor que podía sucederle a uno, era tener servicio nocturno de cocina, para preparar los alimentos que constituirán la comida del día siguiente, y, finalmente, limpiar todas las instalaciones —comentó de mal humor Marty Miller, el joven y pelirrojo inglés que paseaba por el amplio y gélido almacén.

—Cálmate, Marty —refunfuñó, entre dientes, Joe McKern, del Instituto Geológico Almirante Byrd, de los Estados Unidos—. Al menos, aquí no se hace nada, salvo leer, fumar y esperar que pasen las horas… A las cuatro nos relevan Kedsen y Prentiss.

—¡Las cuatro! —se quejó Miller, haciendo un gesto expresivo—. ¿Y sabes qué hora es, Joe? ¡Sólo la una y diez minutos! Tenemos casi tres horas más de espera, en este frigorífico maldito, acompañados de esa especie de carne en conserva que yace ahí.

—Ten más respeto por los difuntos, Marty —le reprochó el joven americano—. El infortunado no debió pasarlo muy bien al morir ahí, congelado…

—No creo que lo pasemos nosotros mucho mejor en estas tres horas que faltan —batió sus manos enguantadas contra el cuerpo y los muslos, para entrar en calor. Miró, malhumorado, a las altas pilas de cajas, latas y toda clase de envases para alimentos, apilados en el almacén, al lado opuesto donde reposaban, sobre una mesa extensible, el bloque de hielo conteniendo la figura del cuerpo aprisionado.

—La temperatura aquí es muy baja, ciertamente —admitió, con disgusto, McKern.

Estudió el pequeño hornillo eléctrico donde bullía el café, y cuya radiación de calor era nula, salvo para mantener caliente la infusión, dada la baja temperatura del local, y su propia amplitud, unido al frío glacial del exterior, más allá de las paredes

antitérmicas de materiales de fibra artificial, forrando el exterior de aluminio pintado de rojo.

—Si al menos pudiéramos hacer algo para aumentarla, siquiera fuese cinco o seis grados… —refunfuñó, entre dientes, Miller, sin dejar de pasear de un lado a otro.

—Bueno, tal vez podamos hacer eso…, pero hará falta algo más que el hornillo del café —señaló McKern, pensativo.

—¿Algo como qué? ¿Un calefactor, quizá?

—No, no. Eso podría estropear algunos alimentos, y dañar, quizá, el bloque de hielo… —Meneó negativamente la cabeza el americano—. Creo que lo mejor será acercarnos uno de esos radiadores de luz térmica, que solamente calientan en línea recta, y en una zona muy limitada. Están en período experimental, pero podemos usar uno, al menos hasta el relevo. No creo que ofrezca problemas. Ve a buscar uno. Están ahí al lado, en la cámara-depósito de material especial. Son esos cilindros de metal azul…

—Sí, los he visto al descargarlos —asintió Miller, esperanzado—. Son eficaces. El comandante Ekberg tiene uno en su despacho, y aquello lo caldea bastante, aunque, como tú dices, sea de limitado radio de acción. Justo lo que necesitamos aquí.

Entusiasmado por la idea, Miller se encaminó al cercano depósito. Abrió la puerta metálica, al fondo del almacén, y reapareció poco después con un cilindro azul y un soporte en forma de trípode rodante, que ajustó delante de donde ellos se acomodaron. Accionó McKern el resorte, y el aparato se puso en funcionamiento.

Proyectó una limitada claridad rojiza, térmica, que les envolvió en un grato calor de reducido ámbito, pero suficiente para abarcar los asientos y la mesa que ocupaban, no lejos del bloque de hielo.

—¡Perfecto! —aprobó Miller—. Fue una gran idea. Esto ya es otra cosa… Y nada resulta dañado: ni los alimentos, ni ese bloque de hielo…

Era cierto. La radiación del calor era de muy corta extensión. Y aunque hiciera algún efecto en el sólido bloque de hielo, solamente podía ser superficial, y reducido a un pequeño punto en la superficie lateral del mismo, que en modo alguno llegaría a ahondar jamás en la totalidad del bloque.

McKern y Miller reanudaron, ahora más risueños, su

abandonada partida de naipes, sirviéndose animosamente dos tazas de café caliente.

A sus espaldas, una diminuta porción del gran fragmento helado comenzó a brillar, goteando agua en el suelo de alfombra de espuma antitérmica. No lo escucharon. Ni tampoco le hubieran prestado atención. Porque el calor llegaba allí en muy escasa proporción y no podía profundizar en el bloque de hielo.

Sin embargo, aunque ni McKern ni Miller lo imaginaron siquiera, súbitamente, dentro del bloque de hielo hubo un signo de vida…

* * *

Los ojos del vampiro brillaban en la oscuridad. Eran como carbones encendidos. Las pupilas enrojecidas goteaban sangre, al irse aproximando, lenta e inexorablemente, a la litera de Gene Carpenter.

Y Carpenter no podía moverse. Petrificado por el horror, como sujeto por viscosas e invisibles telarañas que helaban su cuerpo. Carpenter veía venir hacia él aquella figura espectral, totalmente vestida de negro, de lívido y anguloso rostro, de ojos sangrantes, de boca entreabierta, por la que asomaban unos colmillos afilados, largos, también ensangrentados, quizá con la sangre de alguna otra víctima de su alucinante poder.

Hubiera querido escapar, luchar de alguna forma… Disponer de una estaca afilada, de ristras de ajos, acaso de dos simples formas rectas que pudiese cruzar formando una tosca cruz…

Pero no tenía nada, no podía manejar nada. Era prisionero. Prisionero de Drácula, el Vampiro…

El monstruo se acercó sigilosamente a su litera. No produjo ruido con sus suaves, acolchadas pisadas. No despertó a nadie. Sonreía cruel y diabólicamente. La sonrisa hacía destellar el marfil agudo de sus incisivos mortíferos.

Ya estaba encima de él. Se inclinaba. Y nadie podía ayudarle, nadie escuchaba o veía al Vampiro. Todos dormían, víctimas acaso de un hechizo infernal. La boca se aproximó a su garganta. Un vaho helado, el aliento fétido y húmedo de la misma muerte, con hedor a ultratumba, llegó a su rostro y le envolvió en una invisible nube de horror.

Luego, aquellos dientes largos, afilados, sangrantes, se

aproximaron malignamente a su garganta. Se hincaron en ella. Y la sangre, caliente, brotó impetuosa de la doble incisión siniestra, sobre su carótida… El Vampiro la succionó, goloso, centelleantes sus ojos de placer insano, de gula satisfecha…

Y en ese momento preciso, Carpenter logró abrir la boca, exhalar un agudo grito de terror y angustia.

Y entonces se despertó.

* * *

—Lo lamento de veras, doctor Kelly. Lo siento mucho. Espero que no vuelva a suceder.

—No tiene por qué ocurrirle —sonrió la doctora Susan Kelly, con aire comprensivo, tras cerrar el frasco del que había vertido en un sobrecito las tres píldoras que entregara, un momento antes, a su paciente—. Esas crisis nerviosas, tras muchas jornadas de duro trabajo, en un ambiente hostil como el de estas regiones, y con un clima duro y difícil, aislados del resto del mundo, acostumbran a presentarse con frecuencia. Ese medicamento, aparte de su condición de sedante suave, sin hipnóticos, posee una serie de vitaminas y de elementos neurocurativos bastante eficaces. Cuando haya ingerido esas tres tabletas, le daré otras tres, y no creo que sus pesadillas, y sobre todo sus gritos y sobresaltos, al vivirlas demasiado intensamente, vuelvan a presentarse. Aunque, de todos modos, una simple pesadilla no quiere decir que uno esté enfermo, sino que algo le preocupa o altera. En resumen: nada serio, Carpenter.

—Gracias, doctora —suspiró el inglés—. Es posible que estos últimos días me haya sentido demasiado solo aquí… Incluso un solterón como yo, gusta de verse en un sitio lleno de gente, de chicas… Y aquí, solamente está usted, doctora.

—¿Se olvida de Greta, la cantinera? —rió suavemente la doctora Kelly.

—¡Oh! Greta Kiven… —Hizo un gesto con la cabeza—. Es… otra clase de chica, doctora.

—Ya. ¿No le gustan las opulentas nórdicas, Carpenter? —Enarcó sus cejas irónicamente la joven doctora del campamento.

—Es demasiado para mí. A mi edad, no podría con una Greta Kiven, se lo aseguro. Además, prefiero las mujeres serias, aunque sean tan jóvenes como usted. Greta es… demasiado explosiva, creo

yo.

—Sí, puede que tenga razón —sonrió la doctora—. Pero no olvide que aquí, solamente soy para todos «el doctor», no una mujer.

—Eso es más fácil decirlo que obligar a los demás a pensarlo, ¿no cree?

—Bueno, yo lo advierto a todos. Y les recuerdo que estoy comprometida. El profesor Shelby Adams es mi futuro esposo; todos ustedes lo saben. Nos casaremos apenas termine nuestra misión en este lugar. De modo que sigan pensando en mí como… «el doctor». Ahora, Carpenter, buenas noches. Creo que podrá conciliar muy bien el sueño. Aunque tampoco sería desaconsejable que se diera un paseo de unos diez o doce minutos, para dejar que la primera cápsula le haga su efecto… Ese vampiro de su sueño, ya no volverá, seguro.

—Sí, gracias —se incorporó, encaminándose a la salida del consultorio de la doctora Kelly, médico de la expedición, una joven norteamericana muy eficiente en su tarea clínica. Y muy atractiva y cordial, además, aunque de carácter serio y formal. Se detuvo, ya en la puerta del botiquín y miró a la doctora, preocupado—. ¿Cree usted que tiene algún sentido que yo…, que yo soñara algo así, algo que nunca he soñado antes… precisamente esta noche?

—Bueno, he observado que leyó a Stoker antes de dormir. Y otro libro de un tal Harker… —Un gesto irónico asomó a la bella faz de la pelirroja doctora—. Todo ello aludía a vampiros. Y usted mismo me ha confesado que la figura de ese cadáver aprisionado en los hielos le recordó vagamente al vampiro, tal como aparece en ciertas películas… Todo eso pudo influir en su subconsciente, es obvio. Los nervios y el cansancio, la claustrofobia y el aislamiento de esta base, todo lo demás. Vaya tranquilo. Buenas noches, Carpenter.

—Buenas noches, doctora. Y gracias, otra vez…

Salió del botiquín. Pudo elegir el camino bien iluminado, pero angosto, de los túneles horadados bajo la tierra y el duro hielo. Pero quizá la claustrofobia citada por ella, tuvo su influencia en su reacción. Lo cierto es que eligió la superficie. Y caminó sobre el hielo y la nieve en polvo, bajo las luces del campamento. Saludó, distraído, al paso de los compañeros que prestaban servicio de vigilancia nocturna, envueltos en gruesas prendas de pieles, para

combatir el gélido frío de la larga, infinita noche polar.

Sin saber cómo, se encontró ante el amplio edificio rojo del almacén. Y tras un momento de duda, empujó la puerta y entró.

McKern y Miller se incorporaron como disparados por un resorte, sobresaltados al aparecer él en la entrada. Luego, se calmaron al reconocerle.

—¡Uf…! —resopló el inglés—. Es usted, Carpenter… Creí que sería el comandante Ekberg…

—¿Y qué? —indagó el inglés—. ¿Le preocupa el comandante, acaso?

—Bueno, la luz térmica no está autorizada aquí… —comentó McKern—. No le dirá nada, ¿verdad?

—No, claro que no —negó Carpenter, sonriendo, al mover su cabeza en sentido negativo—. No temas nada, muchachos. ¿Cómo va esa guardia?

—Fatal —refunfuñó Miller—. Hacía frío aquí, ¡maldita sea! Mucho frío. Y aún faltan casi dos horas para el relevo…

—Sí, lo sé. Yo no podía dormir, y he salido a pasear un poco —suspiró Carpenter—. No deben impacientarse. Ya queda poco… ¿Y nuestro «amigo»? ¿Cómo sigue eso?

—Bien, supongo… —Los ojos de Miller observaron el leve gotear del hielo, en una esquina. Apenas si era nada. El bloque sería entero —. Esa luz térmica no puede dañarlo…

—No, claro que no… —Se acercó Carpenter al hielo, tapado de nuevo con la tela naranja. Se detuvo, vacilante. Luego, llevado por un extraño impulso, alzó parte de la lona, ante la mirada curiosa de los dos vigilantes nocturnos.

Contempló nuevamente el cuerpo en su ataúd de hielo. Muy fija su mirada, dominando la rara aprensión que su vista le producía…

Aquel ser tendido allí, en reposo, inmóvil, petrificado en el blanco azulino del gélido elemento, era la exacta reproducción de la monstruosa criatura de ultratumba vista en su sueño. Eso era cierto, sí, pero…, ¿qué podía significar? Absolutamente nada. Él había visto ya, antes, aquella figura. Se impresionó con ella. Le influyó en sus ideas y hasta en sus sueños. Tuvo una pesadilla. Una absurda pesadilla. Eso era todo.

Ahí terminó todo parecido con la realidad. El cadáver seguía aprisionado en su féretro helado. Nunca más se movería. Ni en él, ni

fuera de él. Su aspecto, su indumentaria negra, absolutamente todo, podría ser un enigma para los científicos. Pero nada más.

—Bien, muchachos —susurró Carpenter, tras una pausa—. Creo que esto es todo. Perdonad por la intrusión. Me voy a dormir. Vosotros no tardaréis mucho en ser relevados. Buenas noches.

Y echó de golpe la lona color naranja sobre el hielo, al tiempo que iniciaba media vuelta para retirarse y, casi al unísono, las voces de Miller y McKern le despedían, cordiales:

—Buenas noches, Carpenter…

Se paró en seco Gene Carpenter. Un frío helado invadió sus venas, congelando su sangre. Sintió que, por una décima de segundo se erizaban sus cabellos en la nuca. Y, rápido, volvió a destapar el cadáver, contemplándolo absorto, con faz pálida y contraída, sus labios apretados.

Nada. No había nada nuevo. El cuerpo seguía igual a como estaba antes. Su rostro también. McKern y Miller le miraban, sorprendidos; repentinamente inquietos y perplejos.

—¿Ocurre algo, Carpenter? —quiso saber su compatriota, Marty Miller.

—No, no… —jadeó la voz ronca de Gene—. Nada…

No ocurre nada, claro está… Sólo…, sólo quise ver algo de… de ese cadáver…

—¿Algo? —se extrañó McKern—. ¿Qué, Carpenter? Es bastante desagradable contemplarlo.

—Sí, lo sé… Eran… eran sus… «sus párpados».

Sus párpados.

—Sí. Era lo que estaba mirando Carpenter. Luego, en silencio, echó definitivamente la lona color naranja encima, y se encaminó a la salida del frío, destartalado, almacén.

Pero los párpados del muerto preocupaban aún. Y siguieron preocupándole cuando, con una ligera somnolencia provocada por el medicamento de la doctora Kelly, se encaminaba de regreso a su litera, haciendo crujir la nieve en polvo de las calles del campamento, bajo las pisadas de sus botas.

Porque Gene Carpenter, pese a todas las pesadillas, pese a todas las medicinas, pese a todo cuanto dijera la joven doctora Susan Kelly, estaba seguro de algo. De algo realmente «increíble».

Algo que, a medida que llegaba al barracón rojo destinado a

literas, le parecía más y más improbable, pese a todo. Cuando se acostó, sus dudas eran tremendas. Y se acusó a sí mismo de visionario.

Porque… ¿quién podía creer que un cadáver congelado, un ser encerrado durante años, acaso décadas enteras, en un bloque hermético de hielo, pudiera haber «alzado sus párpados», como él creía, y le hubiese «mirado» durante una décima de segundo con negros, fulgurantes y diabólicos ojos inyectados en sangre?

Imposible. Porque al momento aquellos ojos seguían cerrados, aquellos párpados caídos, como si nada hubiera cambiado en el cuerpo hibernado en el glaciar ártico…

Sólo unas horas más tarde eran hallados los cadáveres de Miller y McKern. Totalmente vacíos, desangrados…

CAPÍTULO V

—¡DESANGRADOS!

—Inexplicablemente, comandante Ekberg…, pero es así.

—Desangrados… —repitió el militar danés, estupefacto, todavía con las huellas del sueño en su rostro—. ¡Cielos, no…! Eso no puede ser… ¿Qué pudo suceder allí?

—Nadie lo sabe —despavorido aún, tan pálido como si él mismo hubiese sido vaciado de hemoglobina en sus venas, el joven Knut Kedsen, meteorólogo danés, tragó saliva, haciendo bailotear las pupilas de sus muy azules ojos—. Es…, es horrible. El teniente Prentiss, del Cuerpo Geológico de la Marina de los Estados Unidos, iba conmigo cuando fuimos a relevar a McKern y a Miller, conforme a lo ordenado. Y les hallamos allí, tendidos ante un proyector de luz térmica, los naipes en tierra, todo salpicado de rojo… y ellos con una palidez mortal, extrañamente flácidos, como…, como si no hubiera nada en sus cuerpos. Y, ciertamente, casi nada había, salvo su propio cuerpo vaciado de sangre. La doctora Kelly está examinándoles. Ha llamado al profesor Adams, su prometido, porque él es un científico experto en ciertas cosas… y quería hablar con él.

—El profesor Shelby Adams es experto en neuropsiquiatría y enfermedades mentales —objetó, secamente, Ekberg—. ¿Qué interés puede tener en el caso, profesionalmente hablando?

—No…, no sabemos. Pero ambos están allí reunidos ahora, comandante. Fue el propio profesor Adams quien nos ordenó que viniéramos a informarle inmediatamente. Pero en el más estricto secreto, sin que nadie se enterase de nada…

—Está bien, está bien —le contuvo ásperamente el comandante Ingemar Ekberg—. Usted ha cumplido su misión, Kedsen. Le estoy muy reconocido por ello. Ahora, váyase a descansar a su litera. Y siga sin decir nada a nadie.

—Pero, señor, mi tarea era cubrir una guardia en el almacén, hasta las ocho A. M.

—No se preocupe ahora por eso. No merece la pena, por el momento. Sobrará personal para hacerlo. Usted, descanse. Y trate de olvidar. Es lo mejor, amigo Kedsen.

—Descansar… y olvidar… —Knut Kedsen sacudió la cabeza, aturdido—. Difícil lo veo, señor. Hay cosas que… que no se fácil olvidar. Y el gesto de horror de esos pobres muchachos al morir desangrados…, es algo demasiado atroz para no recordarlo, ni para permitir que uno descanse…

—Es una orden, Kedsen —insistió el comandante danés, con acritud—. Obedezca, muchacho.

—¡Sí, señor! ¡A la orden! —Salió presuroso del despacho.

Y Ekberg, tras vestirse con rapidez emprendió una veloz marcha hacia el almacén, donde tenían lugar los increíbles acontecimientos de aquella oscura madrugada ártica…

La doctora Kelly y el profesor Adams estaban cerca del acceso al pabellón de almacenamiento, cogidas sus manos, pálidas las facciones, indecisa su expresión. No lejos de ellos, el teniente Davy Prentiss, de la Marina, adscrito al Cuerpo de Estudios Geofísicos de la Marina norteamericana, permanecía como alelado, la vista perdida en la nada, la expresión crispada, las manos temblorosas y el rostro con el color mismo de la nieve que alfombraba el campamento.

—¿Qué ocurre aquí, doctora Kelly? —preguntó abruptamente el comandante Ekberg, al llegar.

—No lo sé, señor —confesó ella—. El profesor Adams y yo estamos discutiendo todo esto sin hallar una clara explicación. Tampoco el teniente Prentiss lo entiende muy bien. E imagino que lo que le haya contado Kedsen, tampoco estará muy claro…

—No lo está en absoluto. ¿Es cierto que la muerte sobrevino por… por hemorragia?

—¿La de McKern y Miller? —el profesor Adams afirmó, rotundo —. Totalmente cierto, señor. Acabo de comprobarlo.

—Hemorragia provocada…, ¿por qué? Supongo que habría heridas…

—Apenas ninguna, señor.

—Apenas ninguna. —Ekberg soltó un bufido—. Eso significa que

hay «alguna». ¿Qué clase de herida, profesor?

—La doctora le informará igual que yo. Es tarea suya, comandante. Ella es el médico de esta base, no lo olvide.

—Comandante, la hemorragia sólo pudo producirse por un conducto: dos incisiones, que cada uno de los difuntos ofrece en su cuello, sobre la carótida. Por ahí fluyó la totalidad de su sangre, es obvio —concluyó Susan Kelly su seco informe.

—Ya. —Ekberg alternó su mirada de uno en otro—. Bien, profesor. ¿A qué se debe, entonces, que un neuropsiquiatra esté aquí, profesionalmente reclamado por la doctora? ¿O fue sólo a título sentimental, como prometido de ella?

—No, comandante —rechazó la doctora, con frialdad—. No fue por sentimentalismo. Le requerí por graves motivos profesionales.

—Motivos profesionales… —Ekberg meneó la cabeza, desalentado—. ¿Cuáles, señores?

—Esta misma madrugada, comandante, he asistido a un paciente de alucinaciones y pesadillas —informó Susan Kelly—. Tuve que administrarle sedantes y neurotróficos.

—¿Qué diablos tiene eso que ver con el asunto? —Se irritó el militar danés.

—Comandante, ese paciente era Gene Carpenter —explicó el profesor Adams—. Y su pesadilla era sobre un vampiro… que succionaba su sangre de la carótida… ¿Entiende ahora?

Ingemar Ekberg hubiera querido entender, pero no podía. Miró, asombrado, a la doctora y a su acompañante. Luego, entró en el almacén y, por vez primera, se enfrentó con los cadáveres exangües. Su lividez le recordó algo, sin saber exactamente qué. El aspecto de Miller y McKern era realmente terrible. Yacían no lejos de sus ensangrentados naipes, de la mesa volcada, del proyector de luz térmica, que daba calor a una reducida zona del pabellón. Oyó el gotear del hielo en el bloque, por un punto donde el calor derretía la pieza del cristalino elemento helado. Mecánicamente, desconectó el radiador de luz calorífica.

—Llamen a Carpenter —dijo, secamente—. Es una orden, teniente Prentiss.

—Sí, señor —asintió el joven oficial americano, saliendo presuroso del lugar.

De nuevo, Ekberg estudió los cuerpos sin vida de los que fueron

dos jóvenes, alegres y ruidosos muchachos Ahora ya no eran nada. Tan yertos, tan pálidos como… como…

Ahora, sí recordó Ekberg, con un sobresalto. «Pálidos…». Los muertos están siempre pálidos. Pero había una rara palidez en ellos. Idéntica a la de alguien… Ahora sabía quién estaba tan lívido como ellos.

Se precipitó sobre el bloque de hielo, llevado de un súbito impulso. Tiró violentamente de la lona naranja, para comprobar que no estaba en un error, que se trataba de la misma palidez que la del cadáver hallado en los hielos…

Una expresión de inmenso horror crispó las facciones del comandante Ekberg. Sus ojos, repentinamente desorbitados, se clavaron en el bloque de hielo. En el lugar donde pocas horas antes se hallaba el extraño cadáver, pálido y enlutado…

Ya no había nada.

Sólo un hueco, un alargado hueco sobre el hielo. Y grietas alrededor; como si, de repente, una fuerza titánica hubiese desgajado el enorme bloque, y su prisionero hubiera escapado de allí sin dejar rastro…

Dentro de la mesa de hielo, todo estaba vacío.

El ser del glaciar había desaparecido.

* * *

—Desaparecido… ¡No, «imposible»!

—¿Por qué, Carpenter? ¿Por qué imposible? Usted mismo lo está viendo. Nadie ha entrado aquí, tras el hallazgo de esos cadáveres. Nadie… excepto los que estamos presentes. Y el teniente Prentiss y el meteorólogo Kedsen, a quienes envié a descansar…, si les es posible. Usted mismo puede hacerse cargo, Carpenter.

—No puede ser, comandante… Yo…, yo estuve aquí, tras ser atendido por la doctora Kelly, esta madrugada, tras la pesadilla que me hizo gritar y despertar a medio barracón…

—¿Sí? —Los ojos de Ekberg le miraron, inquisitivos—. ¿Y por qué estuvo aquí?

—Ella me aconsejó un paseo antes de dormir. No sé por qué, vine hasta aquí… Bueno, sí sé por qué, creo yo… —se desdijo, rápidamente, Gene Carpenter.

—Bien. ¿Por qué? —quiso saber el comandante Ekberg, con cierta aspereza.

—Ya le habrá contado la doctora. Vi algo en mis sueños… Un absurdo, claro. Un vampiro semejante a… al ser ahí metido. Quise estar seguro de que todo eran alucinaciones mías, de que nada de eso podía suceder… y miré en el hielo. Me tranquilicé al ver que todo seguía igual…

—¿Seguía igual? ¿Usted comprobó eso, Carpenter?

—Claro, McKern y Miller pudieron verlo…

—Por desgracia, McKern y Miller no testificarán ya nunca más. Es su palabra lo que nos interesa ahora, Carpenter. ¿Todo estaba normal, sin señales de que el cadáver pudiera salir de su encierro helado?

—Naturalmente… —Los ojos del inglés se fijaron en la moqueta de espuma que alfombraba el almacén. Toda empapada, bajo la larga mesa que sostenía el bloque helado—. Parece…, parece que luego se derritió… ¿Acaso la lámpara térmica, comandante?

—Imposible. La luz térmica apenas si derritió un ángulo del bloque, en mínima proporción. Ese agua que moja el suelo no procede de ahí. Se quebró el hielo. Alguien tuvo que hacerlo desde el exterior. Nadie, y menos cuando está en hibernación durante años o quizá lustros, décadas, o quién sabe cuánto, logra romperlo «desde dentro». Vivo o muerto, no pudo salir de ese ser, por sí solo. Alguien, desde fuera, le ayudó. Quebró el bloque, le dio salida o se lo llevó, no sé. Me resisto a creer que sobreviva un ser sepultado en los hielos, con aquel aspecto cadavérico… Y no creo en los vampiros, Carpenter.

—Yo tampoco he creído… hasta esta noche.

—Vamos, vamos, ¿cree usted, en serio, que ese cadáver era el de «Drácula» o un vampiro semejante?

—No podría responder a la pregunta. Sé lo ridículo que es todo esto, pero…, pero el cuerpo no está. Y dos hombres yacen ahí, desangrados. Dice la doctora Kelly que… que perforada su carótida por dos incisivos…

—Exacto, Carpenter. Tal y como usted lo soñó. Pero le repito que yo no creo en vampiros. Ni tampoco la doctora Kelly. Ni, desde luego, el profesor Adams, cuya especialidad es la neuropsiquiatría. Primero, no lograba entender lo que su conferencia personal significaba. Pero ahora ya lo sé. Y siento informarle de ello, Carpenter.

—¿Lo… lo siente? —Gene Carpenter le miró, asombrado—. ¿Qu… qué dice, comandante? ¿A qué se refiere, exactamente?

—A esto, amigo mío: su consejo es que sea usted, momentáneamente, recluido en un pabellón, para un minucioso examen psiquiátrico. Formará parte de las investigaciones en torno a este feo asunto. Y le advierto seriamente de algo, Carpenter: si intentara usted, por alguna razón, eludir esa reclusión o evadirse del campamento por algún medio, he dado orden de DISPARAR CONTRA USTED.

—¡Cielos! —El inglés le miró, despavorido—. Pero…, pero ¿qué piensan ustedes de mí? Es que, acaso… ¿soy sospechoso de culpabilidad en lo ocurrido?

—De momento, y para no engañarle en absoluto, Carpenter, le diré que… «sí» —fue la dura y fría réplica del comandante Ekberg.

Y antes de que Carpenter pudiese reaccionar de algún modo, se encontró con tres hombres de la Base North Cosmos-117, armados de revólver, que le rodeaban, con evidentes instrucciones de ser violentos, si él les obligaba a ello.

Era obvio que estaba preso. Sospechoso de algo horrible.

Menos mal para él, que durante su inmediata reclusión bajo la vigilancia del profesor Shelby Adams, la tragedia se abatió nuevamente sobre el campamento ártico.

Esta vez, el joven teniente Davy Prentiss fue víctima del ataque de alguien, que le desangró totalmente, hasta causarle la muerte.

Y simultáneamente, desaparecieron los cadáveres de McKern y Miller.

* * *

—Lo siento, Carpenter. ¿Le sirve eso de algo?

—Supongo que, aunque no me sirva, será igual, señor —suspiró filosóficamente el británico de señorial aspecto, mirando con fijeza al militar danés—. A fin de cuentas, ya ha sucedido. Y yo estuve esas horas incomunicado, vigilado, como un culpable… Igual que si yo fuese el asesino. O el vampiro…

—No hable de vampiros, Carpenter. Es ridículo usar esa palabra…

—¿Usted no cree en ellos?

—No puedo creer. Es imposible, entiéndalo. Alguien se está aprovechando de supersticiones de otros tiempos, para una labor

criminal que no sé a qué conduce…

—Comandante, está tratando de cerrar sus ojos a la realidad. Usted «sabe» que la sangre no se evapora. Es más: una pequeña cantidad, derramada, resulta escandalosa. Van tres hombres desangrados, y no quedan sino algunas salpicaduras, sólo gotas o manchas sin gran valor… ¿Dónde está el resto de la sangre humana vertida? ¿Cómo fueron desangrados McKern, Miller y el teniente Prentiss? ¿Dónde están los cadáveres de los primeros?

—Se les está buscando, lo mismo que al cuerpo del bloque de hielo…

—No lo hagan. Pierden su tiempo.

—¿Qué? —Pestañeó Ekberg, mirándole.

—Si son vampiros… están vampirizados. Todos. Son, ahora mismo, «No-Muertos». Deambulan por ahí, por alguna parte. Éste es su mundo ideal. ¡Sin sol, sin luz diurna, comandante! Sólo sombras, noche, oscuridad… ¡El paraíso de los vampiros! Y nosotros estamos en su poder, encerrados aquí, a merced de ellos, a menos que desmontemos el campamento, o que nos marchemos, evacuando esto sin desmontarlo siquiera, para evitar más víctimas…

—¿Se ha vuelto loco, Carpenter? ¡Es la teoría más delirante que oí jamás! ¡Los vampiros no existen! ¡Mis superiores, su Gobierno, el de Su Majestad o el de Washington, se mofarían de nosotros si les hiciéramos saber algo así!

—Lo sé. Es cierto. Harían eso. A nadie le gusta admitir lo que no considera probable. Nuestro mundo carece por completo de imaginación. Y de fe en los demás, comandante. Pero eso no quiere decir que no esté sucediendo como yo digo. ¿De qué otro modo me explicaría su brillante razón cuanto ha ocurrido aquí, en estas últimas horas?

—De… de ninguna manera —jadeó Ekberg amargamente, bajando la cabeza—. ¡Dios mío! ¡Si eso fuera cierto, resultaría un horror sin límites! Porque usted sabe que esta misión es puramente privada, que nadie nos ayudaría si regresáramos. Las pérdidas serían cuantiosas y no seríamos resarcidos. Los Gobiernos nos retirarían apoyo y subvención. La ruina, en suma.

—¿Qué prefiero? ¿La ruina… o morir sin morir? ¿Convertirse en «algo» como McKern, como Miller, como Prentiss ahora mismo… o como ese monstruo que hallamos en los hielos?

—¿Usted cree…, cree que él era… un vampiro? —jadeó el comandante danés.

—No lo creo. Estoy seguro. Y ahora mismo deambulará por esas sombras que nos rodean, hundido en la oscuridad, que es su mundo. Al acecho… Ahora ha probado nuestra sangre, ha vuelto a la vida, no sé aún cómo… Se trata de ir succionando más y más sangre humana. Incluso puede ocurrir que vengan en legión. Que hagan de nosotros mismos, de todos nosotros una horda de vampiros…

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! Ni siquiera puedo tomar medidas… —se lamentó el comandante Ekberg—. Hay demasiadas cosas en juego en nuestra expedición. No me atrevo a tirarlo todo por la borda. Además, ¿lo creerían los otros? Todos han puesto de su parte en esta expedición. Sus votos cuentan. No querrían retroceder, dar por perdido tanto dinero empleado…

—Sí, eso me temo —se lamentó Carpenter, abatido, paseando por la estancia—. Primero, el flamante profesor Adams me confunde con un psicópata que se cree obsesionado por el vampirismo y ataca a seres humanos para desangrarlos… ¡Sí, sí, no lo niegue! Era eso lo que sospechaban, al recluirme. Me lo ha confesado la doctora Kelly. Ahora, me veo condenado a morir aquí, con todos los demás… Quizá a ver cómo aparecen vampiros por doquier, rodeándonos, como en una especie de pesadilla más dantesca que ninguna otra… ¿Se ha dado cuenta de que podemos llegar a ser MÁS vampiros que personas, aquí dentro? Y, si me apura, yo pensaría incluso que…

En aquel momento, una grata sorpresa esperaba a ambos. Porque desde la puerta llegó una voz clara, firme, llena de seguridad, interpelándoles:

—¡Comandante! ¡Carpenter! ¡He logrado hallar al hombre metido en el bloque del hielo! ¡Vengan, pronto! ¡Lo tengo a buen recaudo, a la espera de su decisión!

Era Knut Kedsen, el compañero del infortunado teniente Prentiss. Parecía excitado por su triunfo, y había motivos para ello. Carpenter le miró con incredulidad, pero también lleno de esperanzas, aguardando sólo la decisión final del jefe de campamento, el comandante Ingemar Ekberg.

—¡Pronto! —rugió éste, precipitándose a un mueble y tomando un arma de fuego—. ¡Vamos allá, Carpenter! ¡Sígame! ¡Y usted

venga con nosotros, Kedsen! ¿Dónde dijo que está?

—En el almacén… Justo de donde escapó, señor… —nos informó Kedsen, mientras corríamos al barracón bajo la noche constante del Polo Norte—. Es algo increíble, ya verá…

Entraron en el barracón. Y vieron que, ciertamente, era increíble.

Allí estaba el monstruo. El ser del bloque de hielo.

En pie. Rígido, estirado, mirándonos con aquellos mismos ojos oscuros, de sanguinolentos contornos, que viera Carpenter en sus sueños… y creyera ver, al mirar dentro del bloque de cristalino hielo. Unos ojos terribles y despiadados como nunca viera antes.

Estaba erguido junto a la misma mesa que soportara el bloque helado donde fuera hallado por él y por Bjorn. Cruzaba sus brazos sobre el pecho, sus manos enguantadas parecían tocar su corazón, si es que lo tenía bajo las negras ropas ceñidas, fantásticas…

Su lividez era terrible. Su poder, indudable. Un poder psíquico, hipnótico incluso, que retuvo a Ekberg y a Carpenter ante su presencia, inmovilizándoles repentinamente. Sin saber la razón, Carpenter gritó roncamente al militar:

—¡Dispare! ¡Dispare ya, señor! ¡Sobre su corazón, pronto!

Pero Ekberg no disparó. Repentinamente, su brazo parecía pesar toneladas, y lo alzó como si fuese modelado en plomo. Luego, su arma cayó a tierra. Cameron, horrorizado, buscó con la mirada a Knut Kedsen, el joven y fornido danés, en busca de ayuda.

¡Knut Kedsen les miraba ahora a ambos con una sonrisa extraña que, al ampliarse y distender sus labios, reveló bajo los mismos unos largos, terribles y agudos colmillos, capaces de taladrar cualquier garganta humana, absorbiendo su sangre!

Knut Kedsen… era un vampiro.

CAPÍTULO VI

EL relato de Gene Carpenter había terminado.

Confieso que lo había escuchado sin pestañear, sin un momento de reposo para mi mente ni mi ánimo, sobrecogido por lo que parecía un puro relato de ficción. Pero el patetismo, la expresión de horror, las alternativas de mi invitado durante su desarrollo, me hacían comprender que había asistido, por primera vez en mi vida, a la materialización de cuanto consideré hasta entonces como un puro mito o una fantasía sin sentido.

Era quizá el primer hombre de nuestro tiempo que obtenía la evidencia de que existían los vampiros.

Contemplé largamente a mi interlocutor, tan pálido y demudado, tan irritados y enrojecidos sus ojos, en medio del sudoroso semblante, que me creí obligado a preguntarle, mitad en broma, mitad en serio.

—Por favor, Cameron, ¿quiere mostrarme sus dientes antes de proseguir? Me gustaría saber cómo son, realmente, sus incisivos. No es por nada, pero.

* * *

Todavía estaba recordando la forma en que resolvió la situación final, verdaderamente dramática y decisiva, mientras el avión nos llevaba hacia Groenlandia, en la más loca y disparatada aventura que jamás se me ocurrió emprender…

Porque, finalmente, el hombre de la Tierra de Peary, el caballero inglés llamado Gene Carpenter, me había logrado convencer. Iba al encuentro del único vampiro existente en el mundo, si es que existía y su relato era cierto. ¿Acaso el propio *Drácula*? ¿Quizá otro príncipe de las tinieblas tan perverso y siniestro como el aristócrata transilvano?

Eso estaba por ver. Pero el avión del Servicio Meteorológico británico volaba ya sobre el Atlántico, en dirección a Groenlandia, a

nuestra escala técnica en Reykjavik. En mi bolsillo iba un cheque bancario por veinte mil libras esterlinas. Y en mi memoria un recuerdo vivo, palpitante y estremecedor: el final del choque dramático entre Carpenter y el comandante Ekberg por un lado… y el joven Knut Kedsen y su extraño amo por el otro…

Un choque resuelto con mucha fortuna para los primeros, a juzgar por el relato que Gene Carpenter terminara en el club londinense, ya por nuestra tercera o cuarta copa de excelente *brandy*, la noche antes…

—Confieso que mi impresión, al ver el curso de los acontecimientos, fue realmente terrible —había dicho Carpenter, al relatarme aquel trance de horror, con voz ostensiblemente quebrada, el rostro tan demudado como el de cualquiera de los dantescos personajes de su historia desarrollada entre los hielos de Groenlandia—. El comandante y su arma era mi única esperanza. Pero recordé entonces, cuando él soltó el revólver, dándose por vencido frente al extraño influjo hipnótico de la criatura del hielo (que yo también notaba en mí, con creciente intensidad), que una bala nada hubiera resuelto, puesto que si mi teoría era cierta y todo empezaba a demostrar que sí lo era, tanto él como Knut Kedsen eran insensibles a esa clase de armas. Lo suyo era otra cosa. O lo había sido en la leyenda, evidentemente: ajos, estacas afiladas, cruces…

»Me precipité sobre los alimentos apilados en un rincón del almacén, en tanto Kedsen exhibía sus incisivos, tan largos y puntiagudos como los del ser que, enigmático y dominador, sonreía allá en su emplazamiento, sin moverse, exhibiendo aquellos colmillos sangrantes, atroces, afilados como cuchillos, aviesamente fija su sanguinolenta mirada en nosotros dos…

»Alcancé unas bolsas plásticas, repletas de productos para la cocina. Desgarré una de ellas y tiré de una ristra de ajos, agitándola ante los presuntos vampiros…

»Un escalofrío me asaltó cuando advertí que todas las leyendas, todos los mitos, toda la literatura de casi un siglo se desmoronaba ante mí como un castillo de naipes, en la peor de las circunstancias…

»¡Ni el vampiro de los hielos ni el infortunado Knut Kedsen, mutado en un vampiro, hacían la menor señal de que los ajos les

pudiesen repeler o crear horror!

»Nunca olvidaré la carcajada, ronca y horrible, que escapó de labios del ser lívido, enlutado y fantástico, que yo viera antes dentro de su tumba de hielo. Era como burlarse de nosotros. Como ensañarse en el fracaso terrible de lo que los campesinos de Transilvania consideraban infalible…

»Y entonces se me ocurrió, a la desesperada, la última solución.

»La Cruz…

—¿Tenía usted una cruz a mano? —interrogué yo entonces a Carpenter, sorprendido.

—¡No, cielos! No tenía ninguna. Ni siquiera soy católico. Pero los protestantes también usan la Cruz, usted lo sabe. Sólo que yo… no poseía ninguna sobre mí, ni la veía tampoco encima de las ropas de abrigo del comandante Ekberg, tan incapacitado y torpe como si estuviera bajo el poder hipnótico del monstruo.

»Pese a ello, corrí a una silla del almacén. Arranqué dos de sus patas violentamente luchando por combatir la fuerza magnética de aquel ser, cuya mente parecía ir dominando la mía de modo paulatino. Y con ambas piezas, entrelazadas, fabriqué una tosca cruz, que alcé ante Kedsen y ante el resucitado de los hielos. ¿Sabe lo que sucedió en ese momento?

—¿Qué? —le había preguntado yo, realmente fascinado por su historia, imaginando el final, cuando los vampiros se hallaran ante su Enemigo, la Cruz.

—¡*Nada*, maldita sea! —Casi aulló Carpenter, sobresaltándome.

—¿Nada? —repetí, estupefacto—. ¡Imposible! Algo harían, alguna reacción advertiría usted en…

—Nada de nada. Es más: el monstruo capturado en los hielos, tan misteriosamente evadido, se burló de mí con una nueva carcajada. Y avanzó, decidido, ahora con los ojos centelleando malignamente, sus brazos extendidos, sus manos agitándose en el aire, como las alas de un murciélago… Venía hacia mí, me envolvía en su poder hipnótico y ¡yo lo notaba…! ¡Y Knut Kedsen acercaba sus colmillos a la garganta del incapacitado comandante Ekberg…!

—Bien —resoplé entonces, en el límite de la resistencia de mi muy humana curiosidad—. ¿Y qué pasó entonces, Carpenter? ¿Cómo se salvó usted de esa situación desesperada?

—Porque en ese momento… entró alguien en el almacén.

—¿Alguien? —musité, todavía impresionado por el dramatismo de su historia.

—Eso es… Alguien que yo supe, en principio quién era… No sé lo que pasó, pero oí un grito agudo a mi espalda. Giré la cabeza aturdido. ¡Era la doctora Kelly!

»E, inesperadamente, el vampiro exhaló un grito, se cubrió los ojos con terror, como si viera algo espantoso e intolerable… *y desapareció*.

»¡Sí, Harker! Desapareció. Como volatilizado. No sé si llegué a captar una especie de batir de alas, como si se transformara en un simple murciélago y luego en humo, en nada… No lo sé. No lo sabré nunca, quizá. No pude ver nada. No capté nada. En ese mismo momento el comandante Ekberg se rehízo de su hipnosis anterior. Dijo algo… Knut Kedsen se tambaleaba… y, de repente, osciló ante nosotros y cayó.

»Cuando más tarde intentábamos ver qué le sucedía, Kedsen ya no existía. No había nada de él tampoco… Igual que si hubiera seguido a su amo en aquella evaporación fantástica. Sólo hallamos una mancha grisácea en tierra, como una leve sombra… y eso fue todo.

—¿Así se salvaron del desastre, Carpenter?

—Sí. Simplemente así…

—¿Observó a la doctora Kelly? ¿Llevaba algo especial consigo al aparecer en el almacén?

—No. Nada. Su bata blanca de doctora, sus rojos cabellos, su rostro, angustiado por lo que veía… y nada más. Ni una cruz, ni un símbolo religioso sobre sí…

—Olvide ahora cruces y religión, Carpenter. Evidentemente, no sé por qué, eso no afecta a nuestro misterioso vampiro de Groenlandia… ¿Alguna otra cosa peculiar?

—¡No, cielos! Juro que no. Lo hubiera notado, de haberlo visto, palabra… Tal vez el hecho de entrar una nueva persona… les asustó.

—Tal vez —admito de mala gana—. Pero eso no explica claramente nada. Tengo la idea de que pudiera ser por el simple hecho de ser… mujer.

—¿Mujer?

—Sí. La doctora Kelly. Hasta ahora todos los vampirizados son

varones, ¿lo ha notado? Cierto que en su campamento hay pocas, muy pocas mujeres, pero… no deja de ser una simple teoría. De cualquier modo, no le haga mucho caso. Puede significar algo… o no significar nada.

Desgraciadamente, muy pronto iba a tener la evidencia de que no significaba nada.

* * *

Cuanto me dijera Gene Carpenter sobre Greta Kiven, quedaba pálido al encontrarse ante ella.

Era una danesa muy rubia y exuberante. Su tez dorada, aparecía saludablemente teñida de rubor en las mejillas, no sé si a causa de su propia naturaleza, de la reacción sanguínea que el frío exterior y el cálido ambiente de la cantina de la Base North Cosmos-117, o porque ella misma, además de su clientela, gustaba de las bebidas alcohólicas que servía.

Existían horas y dosis perfectamente controladas, para evitar incidentes, salvo en los sábados por la tarde y noche, en que el permiso de despachar bebidas superaba el límite habitual, si bien cada miembro de la expedición poseía una serie de cupones personales para entregar a cambio de las consumiciones sin poder exceder de su cupo. El comandante Ekberg sabía hacer las cosas, para que los peligros de la soledad del hombre en aquellas inhóspitas latitudes, pudiera llevarles a excesos contraproducentes para sí mismos y para la comunidad.

—Estrenaré mi cartilla de cupones personales —dije jovialmente, tendiendo a Greta Kiven mi flamante carnet de *consumidor de bebidas alcohólicas*, único género racionado en la base —. Y nada mejor que hacerlo con un buen *brandy*, preciosa.

—Brandy, tengo —rió ella, echando atrás su rubia cabeza, chispeantes los ojos azules—. Pero dudo mucho que sea bueno. Especialmente, cuando uno acaba de llegar de la civilización, señor…

—Harker —dije, contemplando sus labios carnosos, muy cerca de mi rostro al inclinarse ella sobre el mostrador del barracón destinado a cantina y comedor—. Jeff Harker, señorita Kiven.

—Vaya, Harker, veo que ya conoce mi nombre y todo.

—Soy buen amigo de Gene Carpenter —dije—. Él me informó de lo mejorcito que encontraría en este campamento. Y usted figuraba

en la cabeza de la lista…

—Carpenter es muy amable —rió de buena gana—. Y usted muy simpático, Harker. ¿Es geofísico o meteorólogo?

—Bueno, puede decirse que soy tanto una cosa como otra —reí, evasivo—. Mi trabajo aquí será de inspección y control de ciertas actividades.

—Entiendo —la admiré, porque no se me entendía absolutamente nada. Acarició su rubia melena y puso una nueva dosis de *brandy* en mi copa, guiñándome un ojo maliciosamente—. Esto por la bienvenida, Harker. Está fuera de la legalidad, pero nadie se enterará. Por una vez…

—Gracias —apuré la dosis de un trago—. Con el frío de este lugar, es el mejor regalo que podría hacerme, señorita Kiven.

—¡Oh, por Dios!, no sea remilgado. Esto no es Londres. Llámeme sólo Greta. Somos amigos, Jeff Harker. En cuanto a regalos… puedo dar otros que también combaten el frío, no lo dude.

Miré a la rubia y opulenta danesa. Si figura se había erguido tras el mostrador. Puso sus manos en jarras sobre la ondulación de sus caderas.

—Lo creo —dije—. Y la verdad es que me gustaría comprobarlo, Greta.

—Venga más tarde. Cuando no haya gente. Podrá tomar otra copa. Y charlaremos…

Cuando salí de la cantina, estaba seguro de que Greta Kiven no hacía ninguna excepción conmigo. Tal vez formaba parte de la política humana del comandante Ekberg, para que su personal encontrase algún aliciente a la soledad polar. Y un alivio ostensible para el complejo de soledad…

Pero de momento no debía pensar en eso. Había cosas más urgentes, más apremiantes y serias, que flirtear con una bomba rubia de tantos megatones. Aunque, como recibimiento en North Cosmos-117, no estaba mal del todo…

Después vendría lo más ingrato. Ahora mismo, sin ir más lejos, en mi primera visita oficial al comandante Ingemar Ekberg…

CAPÍTULO VII

—SÍ, HARKER. Carpenter tuvo razón. He tardado, tiempo en comprenderlo. Pero aun así, no puedo informar oficialmente a mi Gobierno, entiéndalo.

—¿Por qué no?

—¡Oh!, ¿usted cree que nadie iba a hacerme caso? Un bloque de hielo con un cuerpo extraño, un cadáver de raro aspecto, que de pronto desaparece… Y luego, cuerpos que se evaporan, cadáveres desangrados… Es todo demasiado fantástico, compréndame. Necesito más evidencias, pruebas tangibles…

—Pero usted tiene ya cuatro bajas en su campamento, comandante —argumenté—. Están McKern y Miller, cuyos cadáveres desaparecieron. Está Knut Kedsen, evaporado de súbito, junto con el monstruo del bloque de hielo… Y está también el teniente Prentiss, cuyo cadáver parece ser el único que conservan aquí. ¿No puede ser él una buena evidencia?

—Lo hubiera sido —resopló Ekberg amargamente—. Desapareció, Harker.

—¿Qué?

—Como lo oye —resopló, moviendo la cabeza, contrariado—. Durante la ausencia de Carpenter… también el cuerpo de Prentiss desapareció, pese a haber sido guardado en una cámara especial, de la que solamente yo tenía la llave.

—¿Y sigue teniendo esa llave? —indagué.

—Sí —afirmó, rotundo, sacando algo de su cuello: una pequeña llave plana, colgada de una cadena ligera—. Es ésta. Nadie me la ha quitado. Sin embargo, él no está allí. Es como si se hubiera diluido entre las paredes herméticas. Sin dejar rastro.

—¿Seguro? —pregunté, rápido.

—Claro —pareció ofendido el militar danés—. ¿Cree que estoy borracho, acaso?

—No me refería a la desaparición en sí, señor, sino a… al hecho de que haya podido desaparecer sin dejar rastro.

—No, no lo dejó. Tampoco Kedsen. Ni ese maldito monstruo lívido…

—Espere un momento, comandante. Kedsen sí dejó un rastro.

—¿Cómo? —Me miró igual que si yo fuese un lunático.

—Ese rastro era… una mancha gris. Algo así como una leve sombra. Polvillo en tierra, ¿no es verdad, Carpenter?

—Bueno, pues…, pues, sí, algo así me pareció ver, cuando se eclipsaron él y el horrible ser de los hielos, al aparecer la doctora Kelly en la puerta del almacén… —confesó, ceñudo, mi amigo.

—Me gustaría ver eso —pedí—. ¿Podría visitar el almacén, suponiendo que el rastro aún exista allí?

—Si quiere… —Se encogió de hombros Ekberg, con un gesto que parecía demostrar su escasa fe en mí, en mis ideas y mis métodos. Creo que empezaba a preguntarse si Gene Carpenter había llevado a la base un cazador de vampiros… o un loco de atar.

—Sí, por favor —rogué, tratando de no mostrarme excesivamente entusiasmado por el tema, entre otras cosas porque ni siquiera sabía qué clase de rastro sería aquél… si es que existía tal rastro, y si no había sido borrado ya, en los días transcurridos.

Un momento después, estábamos los tres en el trágico almacén en el que depositaron el bloque de hielo de donde surgiera la criatura, evidente inicio de todo aquel tenso y sordo horror que conmovía a la expedición ártica.

* * *

Sí. Había un rastro. Y perduraba.

Era polvo. Un polvillo grisáceo, tenue; casi una sombra pulverizada en tierra, sobre la moqueta de fibra del barracón-almacén.

Lo rocé con mis dedos, lo miré pensativamente. Luego recogí una parte de él, en un pequeño sobre de celofán, que cerré herméticamente, guardándolo en el bolsillo. Carpenter me miraba intrigado. Ekberg atónito.

—¿Qué pretende con eso? —farfulló—. Es sólo polvo. Polvo gris, como cualquier otro.

—Tal vez no —sonreí, sarcástico—. Es algo que está por ver, comandante.

—¿Dónde?

—Eso es cosa mía —suspiré, encogiéndome de hombros—. Usted ya lo dijo antes: sin evidencias, sin pruebas, no puede afirmarse nada. Yo no afirmo. No puedo aventurar teorías, en tanto no existan sólidas bases para confirmarlas. Recuerde que acabo de llegar aquí. Estoy, simplemente, tratando de averiguar qué sucede, por qué un vampiro llegó hasta ustedes, y qué está ocurriendo con los vampirizados.

—Carpenter dijo algo horrible —jadeó Ekberg—. Mencionó la… la posibilidad de que estuvieran todos ellos… deambulando en torno al campamento, convertidos en… en esas horribles criaturas deshumanizadas, en No-Muertos que nos acecharan…

—Si su desaparición significa que las víctimas han sido vampirizadas, es una posibilidad muy digna de tenerse en cuenta, comandante. Este lugar disfruta de una larga, interminable noche… El lugar ideal para los vampiros, no lo olvide. Ellos puede que esperan su oportunidad de propagar su horrible mal, de hacer de toda esta expedición… una espantosa comunidad de vampiros.

—¡Dios mío…! —El danés inclinó la cabeza, demudado—. Eso resultaría terrible… He hecho poner cruces, ristras de ajos por doquier… Incluso he pensado en la posibilidad de que mis hombres lleven como arma indispensable una estaca bien afilada…

—Puede que resulte. Pero recuerde lo que me contó Gene Carpenter. La criatura del hielo y Knut Kedsen no mostraron aversión alguna a los ajos. Y, lo que es más extraño, «tampoco» a la Cruz. No tienen sentido, lo sé. Pero sucedió así, ¿no es verdad?

—¡Cielos, claro que sí! —gimió Carpenter, corroborando mis palabras—. Sólo la presencia de la doctora Kelly les asustó, les… les hizo agitarse, disolverse de repente en la nada.

—¿Por qué la doctora Kelly? —preguntó en voz alta, aunque algo que ya me había preguntado diversas veces a mí mismo, desde que conocí el relato de Carpenter.

—No lo sé. Yo no pude advertir apenas nada —confesó Ekberg —. Estaba en trance, dominado por el poder hipnótico de ese monstruo pálido y maligno… Pero Carpenter me ha referido eso. La doctora también. Ella misma se quedó sorprendida… Acaso sean alérgicos al sexo femenino…

—Lo he pensado ya —reflexioné, dando unos pasos por el

despacho del militar—. Claro que es sólo una teoría, pero… pero creo que nadie mejor que la doctora Kelly en persona, para tratar de ayudarme a esclarecer el asunto…

* * *

—Me temo que no pueda serle de mucha ayuda en esto, señor Harker…

—Uno nunca está seguro de esas cosas, doctora. Es posible que algún detalle, algo que usted haya podido olvidar… nos ayude en la tarea de investigar un asunto tan oscuro y tan terrible.

—¿Creen de veras en… en el vampirismo?

—¿Usted no? —me sorprendí—. Creo que ha visto a dos de ellos, cara a cara. Y que ambos se evaporaron al asomar usted…

—Es algo que no he podido comprender aún —se estremeció—. Eso, unido a la muerte por hemorragia de los demás, hace pensar ciertamente en vampiros, pero…

—Pero… ¿qué, doctora Kelly?

—No, nada. Sólo que… es una teoría tan fantástica, un hecho tan inverosímil en nuestra época… Algo que ha sido negado por la ciencia durante años enteros, señor Harker.

—Y, sin embargo…, ¿su ciencia encuentra alguna otra explicación razonable, doctora?

—Quizá… —admitió ella, roncamente.

—Bien. ¿Cuál? —me interesé, contemplándola absorto, tanto por su belleza, por su atractivo físico, como por su posible contribución a mis pesquisas.

—Digamos que… que una enfermedad —sugirió.

—Una enfermedad… —medité el caso, serenamente. Me sorprendió su sencillez, sus tremendas posibilidades—. Bien. Admitamos eso: una enfermedad. La gente se desangra y muere. Pero ¿por qué? ¿Virus, bacteria, epidemia, un caos biológico…?

—Cualquier cosa desconocida. Falta averiguar su naturaleza. Pero eso no impide que sea una enfermedad…

—Podría serlo… si no mediara un cadáver congelado que de repente quiebra el hielo que le envuelve, «desde el interior», y se libera, resucitado. Su mordedura podría ser la forma de inocular el mal que absorbe la sangre, pero ¿no sería eso, a fin de cuentas, un caso de vampirismo científicamente explicado?

—Ese hombre puede ser un enfermo, un inoculado, que a su vez

propaga el mal…

—No importa. Existen huellas de incisivos en las carótidas de sus víctimas. Eso es vampirismo, doctora. Sea por enfermedad, por cualquier fenómeno de lógica científica… el vampiro existe. La única diferencia estribaría en que no sería un cadáver andante, un «no-muerto» como Drácula. Pero el hecho y sus consecuencias, no cambiarían mucho.

—Además…, ¿de dónde llegó ese «enfermo» de vampirismo, querida, si tu teoría fuese la cierta? —interrumpió una voz jovial, de inconfundible tono burlón.

Ella se volvió, disgustada, hacia el recién llegado. También yo lo hice, mientras él me dirigía una sonrisa, tendiéndome su mano extendida.

—¡Oh, Shelby, debería odiarte por eso…! —musitó Susan Kelly, disgustada—. Siempre echas por tierra todas mis ideas…

—Perdona, cariño —rió él suavemente. Estreché su mano mientras se presentaba a mí—. Soy Shelby Adams, profesor en neuropsiquiatría. Y prometido de la doctora Kelly… Me temo que no tenga muy buen concepto de mí, si su amigo Carpenter le refirió lo sucedido con él, cuando tuvo aquella pesadilla y comenzó a ocurrir este horror. Se me ocurrió la peregrina idea de que podía ser culpable de homicidio, pero luego rectifiqué y le pedí disculpas, aunque el mal estaba hecho…

—No tiene que disculparse conmigo, profesor —alenté a Adams —. Su error es muy humano y comprensible. Después de todo, usted es profesor de neuropsiquiatría, no escritor de historia sobre vampiros, como yo… Nuestra imaginación va por distintos derroteros.

—Me temo que, en la actualidad, vaya por muy parecidos, Harker —confesó sombríamente mi interlocutor.

—¿Cómo? —Le miré asombrado—. ¿Usted cree en vampiros?

—Creo en este vampiro. Y en sus víctimas. No sé si es el propio Drácula redivivo, o cualquiera de sus malditos descendientes, pero es obvio que la criatura (nos hemos acostumbrado a llamarlo así últimamente, a falta de un nombre más correcto) salió de esos hielos cuando era un perfecto cadáver, un ser sin vida alguna. Y ha atacado a varios de nuestros compañeros, haciendo de ellos acólitos de su horrenda corte de ultratumba…

—Dicen las leyendas que los vampiros son aliados de las tinieblas, que el mal y el diablo son sus poderes… Pero no sé de diablo alguno que no retroceda ante una cruz, profesor.

—Tal vez eso era antes, en la Edad Media, o en tiempos del «Conde Drácula» en Transilvania —rió, cínicamente, el profesor Adams—. Hoy en día, la falta de fe ha debido extenderse incluso a los que luchan al otro lado…

—Como chiste es horrible —se quejó Susan Kelly, disgustada—. Y no explica nada. Si los ajos, las cruces y todo eso no sirven, la leyenda está equivocada…

—Pudo ser todo una leyenda. Pero nos queda el vampiro —apuntó Shelby Adams, frotándose el mentón, ya mucho más serio su semblante—. ¿Por qué no marcharnos de aquí, maldita sea? Es posible que la idea de ese monstruo sea… apoderarse de TODOS nosotros…

Le miré pensativo. Ya había tenido la misma ocurrencia, y no me gustó nada, entre otras cosas, porque podía ser realidad. Afuera, una especie de largo aullido quejumbroso, me sobresaltó de repente. Hacía crujir las paredes del barracón, y provocó en mí un indefinible y súbito escalofrío.

—No se alarme —me dijo el profesor Adams con tono perfectamente trivial—. No se trata de ningún peligro de ultratumba esta vez, sino de algo perfectamente natural, propio de estas latitudes. Nuestro servicio meteorológico lo había previsto ya, para hoy y fechas sucesivas… Es una borrasca de nieve y viento. Algo dantesco en estos lugares, créame. Y, por otro lado, muy perjudicial en nuestra situación actual.

—¿Perjudicial? —Le miré, alarmado.

—Sí, Harker —afirmó la doctora Kelly, tan poco animosa como su prometido en estos momentos—. La borrasca agitará violentamente el campamento. No podremos circular sino, por los túneles subterráneos sobre los edificios…, si éstos resisten la fuerza del viento y el golpeteo de la nieve… Y, desde luego, en varios días, absolutamente nadie podrá salir de aquí, por medio alguno, sea trineo, helicóptero o avioneta, a menos que quiera morir destrozado apenas abandone el refugio de la base…

Torcí el gesto, preocupado. Sí, era una mala noticia. Sobre todo, con la sospecha de que cuatro hombres vampirizados, junto con el

propio príncipe de las tinieblas, podían deambular en torno al campamento, acechándonos malignamente, a la espera de su momento…

Estaba pensando en ello cuando el aullido se hizo más agudo y corto. También más desgarrador, aunque menos violento. Esta vez, no crujieron las paredes de la edificación.

—Cielos… —murmuré, girando la cabeza hacia la puerta—. Eso… no parece el viento de la borrasca…

—¡No lo es! —jadeó el profesor Adams, abriendo mucho sus atemorizados ojos—. ¡Es un grito humano, Harker…, y no ha sonado lejos de aquí!

Echamos a correr hacia la salida precipitadamente. La doctora Kelly nos siguió, no sé si por audacia suya, o porque era preferible arrostrar con nosotros lo que fuese, a quedarse sola allá atrás, en el amplio edificio destinado a botiquín, laboratorio y albergue personal de ella.

Cuando asomamos al exterior, la borrasca azotaba ya el campamento furiosamente. Y era sólo el principio. Nubarrones de nieve en polvo golpearon nuestros rostros, azotándonos violentamente un vendaval helado y ululante. Alrededor nuestro, todo era blancuzco y confuso. Ni un alma recorría las calles del campamento. Las luces bailoteaban, y algunas se habían apagado, quizá rotas por la furia de los elementos.

Entonces descubrimos al hombre horrorizado que se agitaba pegado a una pared roja, temblorosa su boca, desorbitados sus ojos, fijos en algún punto de la tenebrosa oscuridad que se vislumbraba más allá de los ramalazos de nieve y el bailoteo de las luces.

—¡Bjorn! —gritó el profesor Adams—. ¡Es Olaf Bjorn!

Corrimos hacia él. El danés que descubriera, junto a Carpenter, el famoso glaciar con el extraño cadáver en su interior, seguía como petrificado, sin hacernos caso alguno, su mirada extraviada, perdida en la nada.

—Bjorn… —Fui yo quien habló, aunque nunca antes de ahora le había visto ni tratado—. Bjorn, dígame, ¿qué es lo que ha visto? ¿Qué le sucede?

Él me miró un instante, como alucinado. Luego, su brazo se extendió, señaló hacia alguna parte, a mis espaldas, y le oí balbucear, con voz rota, casi inaudible, escapando a borbotones

entre sus labios agrietados y convulsos:

—Ahí… Ahí… Era él… ¡«Él»…!

Giré la cabeza. Miré en esa dirección. No vi nada, salvo nieve en remolinos, y rojas manchas de edificaciones de aluminio, crujiendo bajo el embate del huracán polar.

—No hay nada —dije, sereno—. No veo nada. Tal vez se engañó, Bjorn…

—¡No, no! —gimió él, casi en un sollozo desesperado. Y su gesto despavorido parecía confirmar esas negativas exasperadas—. No pude equivocarme… Le conozco bien… Era él… En persona. Tal como le vi en el bloque de hielo… Pero mirándome con sus ojos inyectados en sangre… Ahí… Ahí estaba… Y de repente… pareció volatilizarse…

Todos mirábamos ya hacia el punto indicado. Ni el profesor ni la doctora Kelly ni yo advertimos cosa alguna, salvo los ramalazos de viento y nieve en la inhóspita noche ártica. Cambiamos una ojeada pensativa. No nos burlamos de Bjorn. No podíamos hacerlo. En nuestro interior, todos estábamos totalmente seguros de que él vio lo que decía…

—Está bien, Bjorn —murmuró el profesor Adams, conciliador—. Eso significa que nuestro invitado maldito deambula por ahí todavía, que no se evaporó de forma definitiva. Y nos hace temer que también los demás estén con él, como una cohorte de ultratumba…

La doctora Kelly se había aproximado al excitado Bjorn, tratando de calmarle de su actual crisis nerviosa. Yo, entretanto, miraba preocupadamente hacia la zona oscura en la que el danés aseguraba haber visto al vampiro.

Dos edificios rojos formaban allí el callejón por donde nuestro testigo parecía haberse encontrado con el enigmático ser de los hielos. Reconocí uno de ellos. Era la cantina y comedor del campamento. El otro edificio me era totalmente desconocido aún. Una docena de ellos formaban en total, aproximadamente, la Base North Cosmos-117.

—¿Qué edificio es ése? —pregunté a Adams, mientras la doctora hacía ingerir a Olaf Bjorn una tableta de tranquilizante.

—La capilla de la base, Harker —me explicó, con cierta ironía—. También dispone de un espacio destinado a hospital. Extraño lugar

para que en su vecindad se halle un vampiro, ¿no cree, Harker?

—Sí, muy extraño… —admití, ceñudo—. Al parecer, no le asusta demasiado la religión, ni los simbolismos de la Fe cristiana…

—Los tiempos cambian, incluso para los vampiros —comentó Adams, sarcástico.

—No, eso no tiene razón de ser —rechacé, pensativo—. Tiene que haber algo, una razón, para que ese monstruo no tema a la Cruz ni retroceda ante ella… ¡Cielos, si pudiera entenderlo! Estoy seguro de que eso significa algo, pero… ¿qué?

Y mantuve mi mirada fija en la próxima edificación destinada a capilla y hospital, preguntándome muchas cosas que no entendía y que cada vez me intrigaban más. Luego, en tanto la doctora Kelly y el profesor Adams se llevaban consigo a Olaf Bjorn para que se recluyera en su alojamiento, antes de ir a informar oficialmente al comandante Ekberg de lo sucedido, yo resolví deambular, pese a la ventisca de nieve que azotaba el campamento, no lejos de la capilla.

Y me adentré en el oscuro callejón formado por las dos edificaciones, quizá temerariamente. Pero la tentación de seguir tan de cerca el rastro de un vampiro era más fuerte que mi propio instinto de conservación o que mi cautela ante el riesgo.

Jamás anteriormente, estaba seguro de ello, hombre alguno se halló ante el enigma, tan próximo a él. El enigma que alguien con mi mismo apellido, en un relato acaso imaginado o acaso no, se encontraba también con el príncipe de las tinieblas, en un lugar muy diferente a éste…

Desde esas páginas de una simple obra literaria hasta nuestros días…, ¿quién había sido capaz de enfrentarse realmente a la presencia de un vampiro?

Me detuve en el callejón un momento. La luz de la cantina oscilaba sobre su puerta, cerrada ya. A su claridad, observé las huellas en la nieve. Me incliné. Eran ligeras pisadas de unos pies no calzados con botas, sino con algo mucho más liviano, más ajustado a un pie, pequeño y ágil…

Recordé la descripción de la criatura de los hielos. Pálido, delgado, alto, con negra malla, con calzado ajustado a sus pies, también negro y sedoso, como de una fibra artificial… Me estremecí. ¿Eran éstas «sus» pisadas?

Alcé los ojos. Vi la esquina donde halláramos a Bjorn,

nítidamente. Evidentemente, fue allí mismo donde el danés descubrió al vampiro. Un ramalazo de nieve casi borró ya totalmente las huellas. Pero yo las había ya grabado en mi memoria de forma indeleble. Nunca olvidaría esas marcas mientras viviera, estaba seguro de ello…

Sentí un escalofrío repentino subiendo por mi espina dorsal. Giré la cabeza vivamente, con la sensación inquietante de que era observado por alguna maligna mirada, en la noche sombría y borrascosa.

No descubrí a nadie. Sólo la luz bailoteante de la puerta del barracón destinado a cantina. Y la puerta de acceso al barracón vecino, con una cruz de aluminio montada sobre la misma, como símbolo de su utilidad religiosa.

La Cruz…

Siempre aquel desconcertante enigma. Siempre lo inexplicable, lo absurdo. ¿Cómo podía soportar su presencia un vampiro? ¿Es que no era, realmente, un vampiro? Todo parecía señalar que «sí». ¿Entonces…?

Mis pensamientos se vieron bruscamente interrumpidos por una voz sorprendida, y acaso algo sobresaltada:

—¡Cielos, Harker…! ¿Qué hace usted ahí a estas horas?

Alcé la cabeza. Greta Kiven me estaba contemplando, asomada a una ventana del barracón-cantina.

CAPÍTULO VIII

DESPUÉS de andar tras las huellas de un vampiro, Greta Kiven era la mejor compañía que uno podía imaginar.

Especialmente, en el interior confortable de la cantina, ahora desierta de público. Solos los dos, en una mesa con una copa de *brandy* ante mí. Ella me miraba curiosamente, fruncidos sus gordezuelos labios tentadores.

—De modo que sufrimos algo así como una maldición… —comentó entre dientes, con aire preocupado.

—Eso parece, sí —admití—. Encontraron un monstruo y éste se liberó de su tumba de hielo. Ahora deambula en torno al campamento o se aventura por él, Greta.

—Eso… eso es horrible, Harker —se estremeció ella. Y sacó dificultosamente, de entre los montículos vibrantes de sus grandes senos una cruz de oro con cadenita, que besó fervorosamente—. Menos mal que me siento protegida de cualquier enemigo del Señor…

—No, Greta —moví negativamente la cabeza con un suspiro—. Esta vez, no.

—¿Qué quiere decir? —Me miró asombrada, dejando caer la crucecita, que volvió a sepultarse en el profundo escote.

—Que no sirve. Algo se ha trastocado. El vampiro no rechaza la Cruz. No le afecta.

—¡Eso no es posible! —se alarmó ella, abriendo mucho sus ojos claros, fijos en mí. La única luz encendida dentro de la cantina ya cerrada al público, hacía brillar como oro hilado sus dorados cabellos, al pender sobre nuestras cabezas, dejando el resto del local en una penumbra profunda—. Desde siempre… ellos han sido vencidos por una cruz…

—Lo sé. La leyenda así lo dice. La lógica de su propia naturaleza diabólica tendría que confirmarlo. Pero algo falla aquí. Ése vampiro

puede que no sea Drácula ni ninguno de sus descendientes, no sé… Lo cierto es que no sirven las cruces. Ni los ajos. Ni, posiblemente, la propia estaca afilada.

—¡Dios mío…! —susurró la danesa, estremeciéndose su vigoroso cuerpo. Instintivamente, se aproximó a mí con su asiento, y noté que su físico poderoso y cálido se apretujaba contra mí, en un instintivo movimiento reclamando protección—. Harker, tengo miedo…

—No se lo diga a nadie, pero… yo también —murmuré.

—¿Usted? —me contempló muy de cerca. Tanto, que su busto se apretaba ya contra el mío, y una de sus manos oprimía con fuerza mi brazo—. Pero usted… vino a cazar vampiros… Dicen que forma parte de su vida.

—Ya fantasean sobre mí —reí, algo forzado—. Nunca antes cacé un vampiro. Y está por ver que ahora sea capaz de hacerlo, Greta. Sólo busco una explicación, la razón a todo cuanto sucede… y la forma de vencer a ese poder de ultratumba que les ha arrebatado ya cuatro vidas. Y que puede amenazar a muchas más, puesto que los métodos tradicionales le son indiferentes.

—Harker, pese a todo…, tengo fe en usted. Sólo a su lado dejo de sentir miedo, y no sé por qué… No se marche. No se marche esta noche de mi lado, se lo ruego…

—Pero, Greta, no puedo quedarme aquí toda la noche —sonreía, mirándola con sorpresa.

—No, aquí no… —señaló vagamente a algún lugar, al fondo de la cantina en sombras—. Tengo mi alojamiento ahí… Hay sitio para dos.

Era la más clara de las invitaciones. Puede que ella tuviera miedo, pero lo evidente es que no sólo me llevaba consigo por ese sentimiento hacia lo desconocido.

Me tomó de su mano. La seguí a través de la penumbra, hasta un panel con una puerta, tras la cual apareció un pequeño albergue personal, el que ella disfrutaba como cantinera y proveedora del comedor del campamento. Al fondo vi su litera. Sus labios carnosos fueron hacia los míos. Los besé, y noté su humedad candente.

Luego, deslizó la boca anhelante hacia mi mejilla, mi oreja, mi cuello…

Estuvo a punto de suceder. Sólo a punto.

Repentinamente, algo me hizo apartarme con viveza, mirar su rostro, entre los dorados cabellos largos, descubrir sus labios en la penumbra, entreabiertos cerca de mi cuello.

Y vi los largos, afilados colmillos de Greta Kiven. A punto de hundirse en mi carótida.

* * *

¡Ella era un vampiro!

El horror del descubrimiento me hizo exhalar un grito ronco de angustia, de incredulidad. Eso la obligó a levantar la cabeza, a mirarme…

Jamás descubrí maldad igual en los ojos humanos. Ni siquiera parecía ya humana. Eran carbones encendidos, ascuas centelleantes en unas cuencas negras como la noche polar. Sus pupilas eran agujas heladas, el blanco de sus ojos se inyectaba en rojo de sangre…

—¡Noooo! —rugí—. ¡Aparta! ¡Aparta, maldita! ¡Eres uno de ellos! ¡Lo eres…!

Ella exhaló un grito agudo, extraño, inhumano, por entre sus labios crispados, mientras encajaba los dientes, y un destello de luz hería las puntas agudas de sus incisivos de muerte, ávidos de sangre humana.

—¡Jeff Harker, has de ser mío! ¡MÍO! —Y soltó una carcajada larga y delirante, que heló la sangre en mis venas. Luego trató de morderme, de hincar sus temibles dientes en mi piel.

No sé cómo pude eludir sus fuerzas vigorosas, cómo me fue posible desasirme de sus brazos y escapar de su poderosa humanidad, de su dentellada feroz y agresiva.

Pero lo conseguí, y corrí hacia la destartalada y oscura cantina, perseguido por la rubia danesa, convertida ahora en el mayor peligro imaginable. Ella no renunciaba a su presa, y venía tras de mí con pasmosa rapidez, dada su exuberancia física. Acaso la sed de sangre prestaba alas a su cuerpo. Quizá el espíritu maligno que la poseía, convertía su persona en un animal rápido y mortífero. Yo sabía que ya no quedaba nada de Greta Kiven, de la auténtica cantinera, en el ser que me perseguía.

Era una criatura monstruosa. Un engendro de ultratumba, una «no-muerta»… Como McKern, como Miller, como Kedsen, como el teniente Prentiss… La epidemia de vampirizados continuaba. El

poder de las tinieblas se iba extendiendo a todos.

—En nombre del Señor, ¿es que no puedes ser destruida por la Cruz? —gemí—. ¡Tú misma llevas una sobre tu pecho, y hasta la besas, sin que ello te afecte! ¡No tiene sentido! ¡No tienen ningún sentido…, pero está ocurriendo!

Greta Kiven seguía tras de mí, jadeante como un monstruo, lanzando carcajadas malignas, de vez en cuando, muy segura al parecer de que podía darme alcance finalmente, y terminar conmigo…

Alcanzaba ya, sin embargo, la puerta de la cantina. La abrí para salir al exterior y me enfrenté a la nieve que se arrastraba en remolinos por el campamento, empujada por el aullante vendaval polar. Tras de mí, Greta exhaló un alarido, acelerando su carrera para darme alcance.

Sorprendido, descubrí al hombre erguido ante la puerta de la cantina, en medio de la calle sacudida por la borrasca.

—¡Bjorn! —aullé—. ¡Pronto, márchese de aquí! ¿Por qué ha vuelto? ¡Escape antes de que sea demasiado tarde! ¡Greta, la cantinera…, es un vampiro! ¡Ha sido contaminada por el monstruo, y ahora es otro de ellos…! ¡Bjorn, por el amor de Dios! ¿Es que no lo entiende?

Olaf Bjorn me contemplaba en silencio, como un autómata, igual que si aún continuara vencido, dominado por el terror de haber visto ante sí al culpable de todo el horror desencadenado en el campamento ártico.

—Es inútil, Harker… —dijo lentamente—. Es inútil todo. No se puede escapar…

Y siguió allí, cerrándome el paso, mientras Greta Kiven se aproximaba más y más… Y sonrió, mostrando sus dientes. Fue la suya una terrible sonrisa. La luz y el blanco de la nieve, hirieron con destellos de acero aquellos colmillos largos, afilados, que le habían crecido de pronto a Olaf Bjorn…

Grité horrorizado. Greta se precipitó sobre mí. Sentí el jadeo, el aliento en mi nuca…

* * *

No sé cómo pude eludir el desastre en aquel momento. Quizá tuve suerte y eso fue todo. O hice lo que debía hacer, y nada más.

Lo cierto es que me precipité hacia la noche, hacia la nieve,

arrastrando conmigo a Greta, aferrada a mi cuello y brazo, con sus incisivos muy cerca de mi arteria. Olaf Bjorn también se había precipitado ya sobre mí, para participar del dantesco festín de sangre, vaciándome las venas.

Logré que se golpearan entre sí. Yo me arrojé a la nieve, dando volteretas, y ello permitió que Greta Kiven, mucho más pesada, se desasiera de mí, al rodar por el blanco elemento en convulsión. El vendaval agitó sus dorados cabellos, envolviendo sus ojos y rostro un momento. Ella chilló furiosa, buscando su presa. Aferró a Olaf, y éste dijo algo, haciéndose identificar de ella.

Le rechazó, ambos intentaron ponerse en pie, seguirme. Yo corría ya, como alma que llevase el propio diablo, callejón adelante, en busca de algún guardián nocturno. Al alcanzar la calle transversal, miré a uno y otro lado, descubriendo su absoluta soledad, bajo las oscilantes luces. Con un escalofrío de horror, recordé que se utilizaban ahora los túneles bajo la nieve, y no quedaba nadie en las calles, para evitar alguna desgracia personal.

Miré atrás. Los dos monstruos venían tras de mí, implacables. Parecían divertirse con mis desesperados esfuerzos por huir. Aceleré cuanto me fue posible, tratando de llegar al barracón del comandante Ekberg o al del botiquín y laboratorios, donde la doctora Kelly tenía su consulta. Me parecían, por el momento, los más seguros de todo el campamento.

Al volver la esquina de uno de los rojos barracones prefabricados, de aluminio revestido de fibras artificiales térmicas, me encontré con los dos hombres. Iban muy abrigados con sus prendas de pieles, y la nieve se helaba, formando escarcha en sus rostros, en sus cejas y barba. Exhalé un suspiro de alivio.

—¡Menos mal! —susurré—. ¿Son ustedes vigilantes, amigos?

Asintieron ambos con la cabeza, mientras recibían el azote helado del viento. Me miraban curiosamente. Yo señalé atrás, hablé entre jadeos:

—Me persiguen… La cantinera Greta y Olaf Bjorn… Pero no son ellos aunque lo parezcan. ¿Entienden lo que quiero decir? Ellos… ellos están… vampirizados.

¡Se han convertido en seres de ultratumba, en muertos vivientes que atacan y destruyen, en nombre de su nuevo amo y señor!

Ellos siguieron contemplándome, impávidos. Uno de la pareja

habló con frialdad:

—Está bien, señor. Acompáñenos. Iremos a ver al comandante Ekberg…

—Sí, claro —asentí, esperanzado al fin—. Es lo que estoy deseando, muchachos. No me tomen por loco. Él sabe lo que digo y…

No sé por qué, en ese momento me salvó el azar. O fue un soplo de la ventisca, que agitó la solapa de pieles de la pelliza de uno de mis nuevos amigos. Eso descubrió su placa plástica de identificación sobre el pecho. El nombre apareció ante mis ojos como una terrible revelación:

TENIENTE DAVY PRENTISS. USA.

¡El teniente Prentiss! ¡Uno de los desaparecidos, tras haber sido vampirizado!

Entonces miré al otro. Traté de ver su propia placa identificadora. No logré sino descubrir su última sílaba, entre las pieles del anorak plástico, color naranja…

… ERN.

¡McKern! Otro de *ellos*…

Ahora entendía por qué querían llevarme con ellos. Por qué me miraban así, por qué me cerraban el paso, expectantes, mientras a mis espaldas, la nieve crujía ominosamente, cada vez más próxima, bajo unas pisadas de muerte. O de algo más oscuro y mil veces peor que la misma muerte: una vida eterna, en un mundo de tinieblas y de horror sin límites, deambulando como un espectro, ávido de sangre cada noche… ¡en una noche polar de seis largos meses de duración!

Ellos no habían advertido que yo conocía ahora su identidad. La fortuna mía es que ahora reaccionaban con cierta lentitud mental, en su condición. Resultaba providencial para mí. De repente, les empujé con violencia y eché a correr otra vez, abriéndome paso entre los dos… justamente cuando Bjorn y la cantinera aparecían en la esquina cercana, tras de mis pasos. Ahora, al correr por la nieve, con el viento en contra, supe que eran cuatro los monstruos que seguían tras de mí, como una dantesca jauría hambrienta.

—¡Es inútil, Harker! —Oí la voz ululante de Greta Kiven—. ¡Es inútil todo! ¡No luches, y entrégate! ¡Estás condenado igualmente a fracasar! ¡Vas a ser de los nuestros, quieras o no! ¡Harker, ríndete! ¡Hazte uno de nosotros! ¡No hay otra salida! ¡Es el destino de todos los que estamos aquí! ¡Harker, vuelve! ¡No luches contra lo imposible…! ¡Harker, ven a mis brazos! ¡Es todo mucho más dulce de lo que imaginas…! ¡Te ofrezco vivir eternamente! ¡Eternamente, Harker! ¡Recuerda que los vampiros nunca mueren…!

Seguía corriendo, alucinado. Ya veía frente a mí el pabellón destinado a consultorio médico, botiquín y laboratorios… Y mientras corría, las palabras de Greta Kiven parecían heridas de fuego en mi cerebro, en mi alma, en todo mi ser…

Los vampiros nunca mueren…

¡Dios mío!, ¿qué clase de vida era la suya; la que ellos me ofrecían? Arrastrarme por el mundo en la noche, vivir de la sangre ajena, deambular una eternidad, bajo el poder de algo aterrador… Quizá extendernos por el mundo, propagar la epidemia por doquier… Vampiros. Vampiros por todas partes. Una humanidad lentamente, implacablemente vampirizada…

Ellos tenían razón. ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué tenía en mi mano para vencerles? Nada. Ni siquiera contaba con medios como los personajes de la fantasía… Ni ajos ni estacas ni cruces… Nada. No se podía luchar. El final sería siempre el mismo: ser captado, ser vencido. Ser… uno de ellos.

Alcancé, exasperado, la puerta roja del edificio prefabricado. Golpeé rabiosamente, con desesperación creciente, mientras la nieve crujía bajo cuatro pares de pies pisando en ella inexorablemente, en pos mío…

Y la puerta del botiquín no se abría. Quizá la doctora Kelly dormía. Quizá también ella… La idea me sacudió como un ramalazo de horror. ¿Sería posible que ya todos fuesen…?

Aparté de mí esa idea, realmente angustiado. Seguí golpeando, golpeando, en tanto los sentía más y más cerca…

Cuando la puerta se abrió, caí dentro, más que entré. Y jadeé, con toda la fuerza de que era capaz, mientras pugnaba por incorporarme:

—¡Por el amor de Dios, doctora! ¡Cierre! ¡Cierre esa puerta; cierre todo, herméticamente! ¡Son ellos, los vampiros! ¡Están ahí,

tras de mí…!

Para alivio mío, la puerta se cerró. Me incorporé, ayudado por la doctora Kelly. Pude ver algo más que sus piernas: su torso, su rostro…

Pálido pero sereno. Me miraba con fijeza, con asombro. Y con terror.

—Harker… —musitó—. ¿Qué sucede?

No respondí. Antes, quise estar seguro. La miraba muy fijo.

—Por favor… Doctora, ¿quiere…, quiere sonreír, mostrarme sus dientes? —gemí.

Ella lo hizo, forzadamente, sin quitar sus ojos de mí Respiré con alivio.

Ella no estaba vampirizada. No aún.

CAPÍTULO IX

MIRÓ al exterior por la rendija del postigo, sin encender luz alguna. Cerró luego, con un suspiro. Volvió a dar la luz.

—No hay nadie afuera, Harker —me dijo.

Sacudí la cabeza, asintiendo. Lo esperaba. No iban a quedarse afuera, esperando ante el edificio. Estarían haciendo algo. Lo que fuese. Buscando un medio de darme caza. Algo parecía decirles que yo era el enemigo a batir. Había otros, sí. La doctora Kelly, por ejemplo. Pero yo… Yo había ido allí a desenmascararles. A combatirles. ¡Pobre de mí! Me preguntaba por qué tuve que aceptar veinte mil libras. Fue una locura. Ahora, ya era tarde. Con el temporal, ni siquiera quedaba la esperanza de huir, de tomar un helicóptero o un avión…

—Lo sé —dije a la doctora Susan Kelly—. Ellos no se dejarán ver hasta que sea absolutamente preciso. Se han dado por vencidos… momentáneamente. Saben que no podemos salir sin caer en sus garras. Tienen tiempo. La noche es larga. La noche más larga del mundo, doctora. Seis meses de oscuridad… Les sobra con eso.

Susan Kelly me miraba con angustia. Sabía que yo decía la verdad. Estaba dándose cuenta de la terrible magnitud de aquel desastre sin límites.

—¿Cómo podremos llegar hasta el pabellón de mando? —murmuró—. Carpenter y el comandante están allí… Ellos pueden utilizar la radio, pedir ayuda, informar de lo que sucede, les crean o no.

—No podemos salir ahora. Nos cazarían, doctora —miré en torno, pensativo—. ¿Y el profesor Adams? ¿No está aquí?

—Duerme en los laboratorios —explicó ella, preocupada—. Está al fondo de este edificio y tiene una pared aislante. No ha debido oírle desde allí. Además, estaba muy cansado. Yo le oí porque aún no había conciliado el sueño. Esta noche tenía presentimientos.

Algo oscuro rondaba por mi mente…

—Y, como ve, se han confirmado —dije tristemente.

—Harker, ¿qué cree que está sucediendo? —me preguntó ella con franqueza.

—Lo que me temía. Lo que Carpenter presagiaba. Ese monstruo liberado del bloque de hielo, es un vampiro. No sé cómo llegó a quedarse aprisionado en el hielo; si luego quebró éste desde el interior, sin aparente esfuerzo. Pero una vez liberado, su mordedura ha ido ganándole acólitos. Cada víctima suya, se volvía después uno de ellos. Es lo que ha sucedido siempre. En eso, la leyenda no sufrió error alguno.

—¿Y en lo demás?

—Sí… En lo demás, sí. Tiene que haber algo que les debilite o destruya, pero… ¿qué es? Sólo sabemos que huyeron ante su presencia. Kedsen quizá quedó destruido. No lo he visto entre los demás. En cambio, sabemos que el monstruo que inició todo esto, deambula aún por ahí. Lo que aniquiló a Kedsen, dejando sólo polvillo grisáceo de su persona, no pudo acabar totalmente con la criatura, aunque sí la ahuyentó momentáneamente. Sabemos que no podemos confiar en cruces ni en nada tradicional.

—¿Por qué?

—No lo sé. Son muertos vivientes. Igual que lo han sido siempre. No-Muertos, como les llamaban en los Cárpatos. Pero el símbolo religioso no les afecta. Eso no tiene sentido, doctora Kelly.

Ella no dijo nada. Paseó por la estancia, con expresión meditativa, la mirada ausente. De pronto, se golpeó en la frente, deteniéndose ante un radioteléfono situado en un rincón del consultorio.

—¡Oh, qué tonta soy…! —se dijo—. Podemos llamar al comandante Ekberg a través de ese radioteléfono. Está instalado para comunicaciones urgentes entre los pabellones… ¿Quiere hacerlo usted mismo, Harker?

—Sí, por favor —asentí, esperanzado, yendo a por el radioteléfono—. ¿Comunica sólo con ellos?

—Sí. Es una instalación provisional. Quieren montar un servicio telefónico con cables subterráneos, para evitar problemas con la climatología. Ekberg tiene la emisora de radio y una antena muy potente para captar las ondas aun en pleno temporal… Marque la

cifra siete. Es la clave para comunicar con el comandante, directamente.

Asentí. Marqué la cifra siete y escuché. Sólo me llegaron zumbidos intermitentes, ruidos inidentificables. Y ninguna voz humana. Probé dos veces más con igual resultado. Colgué, desalentado. Ella me miraba con sorpresa.

—Nada —dije—. No comunica. Algo anda mal. Si quiere llamar usted misma…

—Es raro —comentó la doctora—. Ha funcionado en peores ocasiones…

Susan Kelly probó el radioteléfono con igual resultado negativo que yo. Al final, estaba pálida, al colgar. Su mirada me reveló algo. Algo terrible.

—La antena… —susurró.

—¿Sí?

—Tiene que ser la antena. La… la han derribado. Seguro. Eso nos deja incomunicados con el resto del mundo… Y entre nosotros mismos.

Me estremecí. No era difícil saber quién la había derribado. Volví a la ventana y miré yo al exterior. Nada. Nadie. Sólo ventisca y nieve. Una soledad engañosa.

—¡Malditos monstruos…! —farfullé, malhumorado—. Es obra de ellos. No olvidan detalle.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró la doctora—. Creo que es mejor despertar a Shelby y tratar de establecer los tres un plan de combate, el que sea… Cualquier cosa, menos cruzarnos de brazos y esperar aquí a que vengan y nos destruyan.

—Conforme. Vaya a avisarle. Doctora, ¿cuál es el conducto que lleva a la red de túneles subterráneos?

—Ése —señaló una trampilla cerrada, en el suelo del pabellón—. ¿Será seguro ir por ahí hasta el pabellón de mando?

—No lo creo. Ellos estarán también en el subsuelo. Conviene dejar bien cerrado ese paso. Que nadie pueda llegar aquí por él.

—Se cierra desde aquí dentro. Pero si disponen de medios, podrían destrozarlo…

—Evitaremos que lo hagan. Situaremos muebles y objetos de peso encima —resoplé—. Vaya usted a por su prometido. Yo me ocupo de esto…

Comencé a acumular muebles y bultos, bloqueando el acceso subterráneo del campamento. Pero no me gustaba sentir la vecindad de los vampiros allá abajo, allá afuera…, por todas partes. Era un cerco. Un invisible cerco de terrorífica magnitud; lo presentía. Y me preguntaba con angustia: ¿habría alguna salida de él?

Estaba haciéndome esos interrogantes a mí mismo, cuando chilló la doctora Kelly.

Alcé la cabeza, asustado. El grito procedía del fondo del pabellón. Tuve un instante de duda, sólo un segundo. Luego, el chillido se repitió más agudo y estremecedor.

Y Susan Kelly gritó:

—¡Dios mío, Harker, socorro! ¡Ayúdeme…!

Entonces me precipité hacia el origen de sus gritos, aunque sabía que nada podía yo hacer, sí lo peor estaba sucediendo…

Para ella cuando menos era lo peor.

Susan Kelly estaba acurrucada en el laboratorio, contemplando con gesto de horror a alguien que iba hacia ella.

Apenas entré, derribando un mueble, descubrí la identidad de la persona que la acosaba. Grité su nombre casi con rabia:

—¡Profesor Adams!

Él había vuelto ya la cabeza al oírme llegar. Vi sus ojos, tan diferentes a como los conociera poco antes. Ojos inyectados en sangre, malignos y crueles… Su faz tenía una lividez de muerte, como una máscara de cera. Y al abrir sus labios para decir algo, sus colmillos asomaron, afilados, puntiagudos, aterradores. Susan Kelly exhaló un alarido de horror ante su visión reveladora.

—¡Harker…! —Silabeó Shelby Adams—. Usted… No va a conseguir nada ahora… Ella y usted… Los dos… van a ser de nosotros. No pueden luchar… Están vencidos…

Era la eterna letanía de todos ellos. Estaban seguros de vencer. Muy seguros, ¡malditos fuesen todos los vampiros! Eran los más fuertes. Y lo sabían.

Pero aun así, yo pensaba luchar. Hasta el fin. No me sometería. No me dejaría vencer. Era el único que podía hacer ahora algo por Susan Kelly. Y lo intentaría.

—Doctora, no hay otra posibilidad de supervivencia que intentar destruir a ese ser… —musité.

—¡Dios mío! —sollozó ella—. Es… es Shelby, mi…

—No. Ya no lo es. Dejó de serlo cuando le fue extraída la sangre… Véale ahora. Es una de ellos. Su cerebro no existe. Su espíritu menos aún. Es un monstruo, un espectro ávido de sangre… ¿Quiere compartir con él esa clase de vida?

—¡No, cielos!

—¿Qué importa lo que quieras o no? —soltó Adams una agria carcajada—. Soy el más fuerte. Y voy a traeros a mi mundo. A este mundo de oscuridad que tanto aterra a Jeffrey Harker, ¿no es cierto? De eterna oscuridad, lejos de su existencia humana…

Avanzaba hacia ellos. Harker no esperaba ahora milagros. Recordó el relato de Gene Carpenter: la presencia de Susan Kelly había provocado la destrucción de un vampirizado, Knut Kedsen, convirtiéndolo en polvo gris… Y la, evaporación inmediata del vampiro, con un gesto de horror… Ahora, no. Algo era distinto en estos momentos… Algo que él no lograba entender qué podía ser…

Contempló a Susan, con su anorak amarillo, sus piernas moldeadas por el pantalón de punto, ceñido, y las botas con vuelta de piel… Trató de recordar algo, sin conseguirlo.

Y, de repente, cuando las garras de Shelby Adams sujetaban ya a Susan Kelly, atrayéndola hacia sí mientras él forcejeaba en vano por apartarle de ella, y se daba cuenta de la rara fuerza física que adquirían aquellos seres diabólicos, algo le vino a la mente.

Miró al fondo del laboratorio, donde aparecían las mesas de trabajo, los elementos químicos, el armario de medicamentos, las batas de servicio colgadas…

Se precipitó hacia allá. Tomó una de las batas con mano crispada. Los colmillos de Adams descendían ya hacia la garganta de Susan. Ella gritó, forcejeando en vano con el hombre que había sido su prometido, y pudo ofrecerle una vida feliz. Pero que ahora sólo le ofrecía una vida eterna, en la fría oscuridad del mundo de los No-Muertos.

—¡Adams! —aulló—. ¡Adams! ¡Aún no ha vencido!

Y se precipitó de nuevo hacia él, tras ponerse dificultosamente la bata blanca de laboratorio. El profesor vampirizado se revolvió para luchar contra él, irritado por la nueva interrupción. Separó unas pulgadas sus incisivos de la garganta de Susan, se enfrentó a Harker…

Sucedió algo imprevisto. Como un milagro.

Un grito agudo, desgarrador, escapó de la garganta del vampiro. Soltó a Susan como si, de repente, ella fuese un objeto candente, y retrocedió ante mí, cubriéndose el rostro con ambas manos, tambaleante, desorbitados los sanguinolentos ojos, gritando incoherencias con voz ronca:

—¡No, no! ¡Eso no! ¡Apártelo…! ¡Apártelo de mí, maldito…! ¡Aaaghhh…!

Y repentinamente, su cuerpo todo pareció convertirse en una masa de humo oscuro. Pero ni siquiera era humo. Porque esa especie de sombra flotante se diluyó, cayendo al suelo en forma de ceniciento polvillo gris oscuro.

No quedó nada, absolutamente nada, del profesor Shelby Adams.

Susan estalló en un ronco sollozo. Y se precipitó en mis brazos, instintivamente, pronunciando palabras rotas, emocionadas:

—¡Oh! ¡Harker…, Harker…! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué…, por qué tuvo que ocurrirle también a Shelby?

—Como les ha sucedido a tantos otros. Serénese, doctora. Ahora, ya sabemos algo más de esos vampiros… Afortunadamente, recordé a tiempo lo que faltaba para que todo fuese igual que el día en que usted asustó tanto a los vampiros con su presencia, y provocó la pulverización de Knut Kedsen…

—¿Qué… qué fue ello? —sollozó la joven, junto a mí.

—La bata.

—La… ¿qué?

—Su bata de laboratorio. Hoy no la llevaba.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué esa bata?

—No lo sé —la contemplé, puesta sobre mis hombros, sin abotonar, dada la diferencia de talla entre Susan Kelly y yo—. Lo cierto es que ha ocurrido. No hemos destruido a Shelby Adams, porque él fue destruido antes, al ser vampirizado… Lo único que ha sucedido, es que ahora, cuando menos, él reposa en paz. Ya no vagará eternamente por la noche, destruyendo a otros, necesitado de sangre ajena para seguir su terrible existencia de ultratumba. Es la paz. La verdadera muerte, doctora.

La dejé sollozar, mientras yo examinaba una y otra vez la bata, con su color blanco, su material artificial, su letra L bordada,

significando la inicial de Laboratorio, para cuyo servicio habían sido confeccionadas. Sus botones blancos, su hechura toda…

Nada. No parecía haber razón alguna. Y, sin embargo, una vaga idea empezaba a tomar cuerpo en mi mente. Una idea fantástica, increíble incluso. Pero, después de todo, ¿no había sido fantástico e increíble cuanto sucediera en el campamento ártico?

—Sí, eso podría ser… —susurré roncamente, mientras deambulaba por el laboratorio, escuchando los ahogados sollozos de aquella mujer que, por encima de todo, mostraba ahora su femenina debilidad, y no la serenidad hermética de la profesional de la Medicina que yo había conocido a mi llegada al campamento—. Seguro que es eso… Debí imaginarlo así… Debí comprender que algo era diferente a lo demás…

Ahora, cuando menos, creía tener un remedio, una forma de luchar contra ellos. Puse a Susan Kelly una bata idéntica a la que yo llevaba. Tomé las demás del colgador, cargando con ellas al brazo. Luego, me encaminé a un rincón del pabellón, y arranqué dos barras de aluminio. Las soldé con un soldador eléctrico que hallé entre los útiles del recinto. Luego, pensé que todo estaba hecho.

—Si mi teoría es cierta —murmuré—, creo que podemos aventurarnos en el exterior. Vamos, doctora.

Me miró, atónita, con incredulidad evidente.

—¿Vamos…, vamos a salir? —susurró con un escalofrío de horror.

—Sí —afirmé—. Vamos a salir.

—Pero…, ¿pero adónde vamos, Harker?

—A reunimos con Carpenter y con el comandante Ekberg, si aún es tiempo y les hallamos indemnes de la maldita epidemia que destruye a este campamento. ¡Deprisa, cuanto antes afrontemos la situación, tanto mejor! Sólo nosotros podemos salvarles. Y salvar a muchos más, posiblemente. Quizá al mundo entero.

—Harker, ¿se ha vuelto loco? Nos… nos atacarán. ¡Nos vampirizarán, apenas pisamos la calle! Usted… usted dijo que ellos… acechan ahí afuera, como buitres…

—Y no mentía. Pero tarde o temprano hay que arrostrar ese riesgo, doctora. Que sea ya. Ahora. Si las cosas son como imagino, vamos a encontrarnos con ellos, sí. Pero tal vez se lleven una desagradable sorpresa…

Tomé de una mano a Susan Kelly, sin soltar en la otra el objeto metálico que había hecho. Tampoco las batas de laboratorio, que llevaba en el brazo. Abrí la puerta del pabellón. Entró una ráfaga de viento helado, y la nieve nos golpeó. Sentí frío, pero no era la noche gélida la que me lo proporcionaba.

Era la seguridad de que iba a dar el paso decisivo. El que podía significar nuestra salvación o nuestra muerte como seres humanos, dotados de alma y sentimientos, para convertirnos en aquellas criaturas que pertenecían al mundo de las sombras y del frío viscoso de la tumba…

Si triunfaba, el horror estaría vencido.

Si no… el horror nos absorbería a nosotros.

Ése era el dilema.

Y supe lo que significaba, supe cuál era su tremenda dimensión, al dar vuelta a la esquina del pabellón… y encontrarnos frente a Greta Kiven, McKern y el teniente Prentiss…

Y más allá, como una pavorosa legión de espectros lívidos y enloquecedores, hasta una decena de hombres de rígida postura, blancuzco rostro, ojos dilatados y sanguinolentos, expresión siniestra y largos colmillos puntiagudos, asomando entre sus yertos labios de cadáveres en pie…

Estábamos rodeados. Cercados de vampiros. Toda la base, prácticamente, era un pueblo de vampiros, de monstruos salidos de la tumba.

Les miré. Y ellos a mí.

—¡Dios mío, Harker…! —sollozó Susan Kelly, a mi lado—. Vamos a morir… Vamos a ser desangrados, convertidos en… en algo tan horrible. Sin remedio, van a caer todos esos monstruos sobre nosotros…

Greta Kiven soltó una aguda carcajada de triunfo. Miraba con avidez mi garganta. Deseaba ser la primera en hincarme sus colmillos, en sentir el sabor salobre y caliente de mi sangre en sus labios… Luego, los demás caerían sobre nosotros como una jauría demoníaca.

—¡Ya eres mío, Jeffrey Harker! —gritó, triunfal—. ¡Ya vas a ser uno de nosotros! Y también la hermosa doctora…

Avanzaron hacia nosotros. Nos rodearon. Contemplé sus manos engarfiadas, sus rostros helados y céreos, sus labios sin color, sus

dientes taladrantes…

Respiré hondo. Era el momento supremo.

—Todo… o nada.

Me paré en seco. Cubrí a Susan con mi cuerpo. Dejé ver mi bata blanca. Y al mismo tiempo, alcé en mi mano, bien en alto, el objeto que llevaba conmigo…

* * *

Cuando alcé el objeto en mi mano, Susan Kelly lo miró aturdidamente, sin comprender.

Alaridos de horror, movimientos convulsos de aquellos cuerpos dantescos, movidos por un hálito de vida infernal, agitaron el cerco de vampiros en la nieve, bajo las bamboleantes luces lívidas, el azote del huracán helado y los remolinos de blanca nieve crujiente.

Sus ojos sanguinolentos se desorbitaban, sus gestos se tornaban caóticos… y, primero Greta, luego McKern, Prentiss y todos los demás…, fueron encogiéndose, como si se arrugasen, hasta convertirse en una especie de sombras, de nubecillas de polvo, que el viento agitó y dispersó, dejando salpicaduras, manchas grisáceas en la nieve, que el propio vendaval fue arrastrando y confundiendo con el blanco elemento.

En pocos instantes estábamos solos.

Solos, Susan y yo. Solos en medio de la calle blanca, silenciosa y vacía.

Alrededor nuestro, nada. Nadie. Viento y nieve. Nada más.

El ulular de la borrasca casi me resultó grato, amable. Miré a la joven doctora. Y ella a mí.

—¿Qué…, qué ha sucedido? —musitó ella, ahogadamente.

—Resultó, doctora.

—Pero resultó…, ¿el qué? —Miró el objeto de aluminio que yo llevaba—. Eso… eso es solamente un ángulo, una letra L gigantesca…

—Eso es. Un ángulo recto. Una letra L… Como la inicial de «Laboratorio» en su bata… Debí entenderlo antes, doctora.

—Entender… ¿qué? —susurró ella.

—La verdad. Tenía que haber algo que les venciera. Un símbolo. Si eran vampiros, si succionaban sangre, si eran No-Muertos…, tenían que tener su lado débil, su enemigo… Sólo que buscábamos ajos, cruces y cosas así… porque pensamos que eran como los

demás vampiros…

—¿Y cuál… cuál es la diferencia? —susurró ella, asombrada, mientras caminábamos hacia el pabellón de mando.

—Que no eran como los que conocemos, porque esa criatura liberada de los hielos… NO ERA DE ESTE MUNDO…

—¿Qué?

—No era de este planeta, ¿entiende, doctora? Evidentemente, un ser de otro mundo remoto, un humanoide-vampiro, cayó de alguna forma en el Polo Norte, hace años, siglos acaso. Estuvo cautivo en el hielo, hasta que una radiación, la de una simple luz térmica, despertó su poder físico, y le permitió liberarse de su ataúd helado…

—¿Es… es posible?

—Creo que sí —suspiré—. Por eso la cruz no le hacía efecto. En su mundo, el símbolo de Dios y de su fe es, sin duda… este ángulo recto, este signo parecido a la letra L nuestra, como la Cruz lo es para los vampiros terrestres… En realidad, ese vampiro es portador de un mal cósmico, de un vampirismo de otros mundos…, que habrá que combatir ahora. Y combatir, sobre todo, a su origen: la criatura de los hielos…

* * *

Tuvimos suerte.

Carpenter y Ekberg estaban ilesos, aunque aislados también, solitarios en medio del horror desatado del campamento. Encerrados en el pabellón de mando, con las antenas de la radio destrozadas, incomunicados del resto del mundo…

Todo pudo repararse. Del vampiro no volvimos a oír hablar más. No sé si terminaría por regresar a su mundo, o sigue deambulando por la noche ártica. Lo cierto es que no se produjo ningún otro caso de vampirismo. Y que pudimos volver a la civilización, aunque nuestro relato no se hizo público por causas lógicas de comprender.

Sigue siendo *top secret*. Pero secretamente, fuerzas especiales buscan en el Polo a una criatura pálida, alta, delgada y vestida de negro, que llegó de otro planeta. Un vampiro cósmico, a quien la cruz no hace nada. Pero que ante una simple letra L, ante un ángulo recto vulgar y corriente… es destruido todo su poder. Y quizá él mismo…

A estas horas, tal vez repose en otro bloque de hielo, a la espera

de siglos y siglos para una nueva resurrección. O tal vez nunca más regrese. Eso jamás lo sabremos nosotros.

Ni siquiera la doctora Harker o yo.

¡Ah; perdón! La que fue doctora Kelly. Susan Kelly… Porque, ahora, ya es la doctora Susan Harker. Esposa de Jeffrey Harker, en Londres…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, *Sexy Cat* y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Jonathan Harker es, como Van Helsing, protagonista principal de la novela Drácula, de Bram Stoker, origen de toda la bibliografía y películas sobre el famoso personaje, si bien el autor declara haberse basado en leyendas, relatos y supersticiones de Transilvania, durante sus viajes por Centroeuropa como periodista. (N. del A.). <<